

Casos de misterio y fe en Ixtlahuacán

José Manuel Mariscal Olivares

*Casos de misterio y fe
en Ixtlahuacán*

José Manuel Mariscal Olivares

GOBIERNO DEL ESTADO DE COLIMA
SECRETARÍA DE CULTURA

CONSEJO NACIONAL PARA LA CULTURA Y LAS ARTES

FONDO MUNICIPAL PARA LA CULTURA Y LAS ARTES
DE IXTLAHUACÁN

Jesús Silverio Cavazos Ceballos
Gobernador Constitucional del Estado de Colima
Yolanda Verduzco Guzmán
Secretaria General de Gobierno
Rubén Pérez Anguiano
Secretario de Cultura
Rodrigo Ramírez Rodríguez
Director General de Cultura

Consuelo Sáizar
Presidenta del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes
Jaime Hernández
Secretario Ejecutivo
Fernando Serrano Migallón
Secretario Cultural y Artístico
Arturo Saucedo González
Director General de Vinculación Cultural
Leonel Maciel Ramírez
Director de Vinculación con Estados y Municipios

Ing. José Cortés Navarro
Presidente Municipal de Ixtlahuacán
Consejo de Cultura de Ixtlahuacán
Aleida Ramos Eudave
Ma. de Jesús Virgen Arias
Prof. César Cárdenas López
José Luis Jiménez Eudave
Esteban Quinto Ramón
José Carlos Navarro Vázquez
José Manuel Mariscal Olivares

D. R. © 2009
Gobierno del Estado de Colima / Secretaría de Cultura
Calz. Galván Norte, esquina Ejército Nacional s/n
Tel. (312) 31 3 06 08 / C.P. 28000 / Colima, Col.

Impreso en México / Printed in Mexico

Presentación

Este séptimo libro de José Manuel Mariscal Olivares contiene catorce interesantes narrativas que seguramente nuestros ancestros ixtlahuacenses contaron en más de una ocasión a hijos y nietos.

La importancia de esta obra literaria radica en la preservación de costumbres que ya se fueron, recordemos que a quienes somos adultos también nos gustaban los cuentos y leyendas, las disfrutábamos en compañía de otros infantes antes de dormir o de cualquier otra forma.

Extiendo una respetuosa invitación para que estas lecturas las hagamos en los hogares, compartiéndolas con nuestros hijos, o bien, en los espacios que normalmente acostumbramos.

A José Manuel, distinguido ciudadano ixtlahuacense, quien ha sido reconocido a nivel estatal por su literatura y recientemente en el estado de Baja California por su obra teatral *Vida al futuro*, mis más calurosas felicitaciones.

José Luis Jiménez Eudave

Introducción

Casos de misterio y fe en Ixtlahuacán es una recopilación de sucesos que pueden parecer ficticios, sin embargo, ocurrieron por esta región; éstas y muchas narraciones han sido transmitidas de padres a hijos, en ellas el lector se transporta a épocas pasadas, convive con arrieros, hechiceros, fenómenos naturales, etcétera; se puede presenciar una batalla de los cristeros con las tropas del gobierno donde las balas silban alrededor, o visualizar el torbellino de un embrujo; ser testigo de acontecimientos ocurridos en épocas en donde los aldeanos de la comarca de Ixtlahuacán y sus alrededores, con su fe y devoción, podían hacer llover a través de sus oraciones, cánticos y penitencias, o detener una temible borrasca. En estas narraciones se describen paisajes: puede contemplarse el cielo azul de Ixtlahuacán en el día, o por la noche admirarlo cuajado de brillantes estrellas; sentir el aire fresco que le acaricia el perfil al lector o el quemante sol del mediodía.

Casos de misterio y fe en Ixtlahuacán es el rescate de algunos acontecimientos ocurridos en esta mística tierra en épocas pasadas y, aunque tienen tintes de ficción, manifiesto que se dieron, aunque muchos digan que fue coincidencia; coincidencia o no pero pasaron. Aquí se narra el viaje de un ixtlahuacense para cumplir la “manda” a la imagen milagrosa de la Virgen de Talpa ofrecida por su padre; en su recorrido describe los misterios de aquellas enigmáticas tierras.

Agradezco el apoyo de José Luis Jiménez Eudave, un incansable promotor de la cultura, pues desde 1994 ha impulsado grupos como el Ballet Folclórico de Ixtlahuacán, el Mariachi de Niños y Jóvenes, el grupo musical La Grandeza de Colima y la banda musical de este lugar, entre otras importantes acciones. Mi agradecimiento también para Aleida Ramos Eudave y Ulises Alcaraz Madrigal, dos pintores ixtlahuacenses con mucha aptitud que muy amablemente aceptaron colaborar en este proyecto plasmando su talento con las ilustraciones que aquí se presentan; sin duda, ellos también son parte de la historia de Ixtlahuacán. Gracias al Profr. Gregorio Vega Diego, un apasionado y valioso ixtlahuacense enamorado de su tierra, a la que ha dedicado algunos poemas, un hombre que a pesar de vivir lejos no olvida a su Ixtlahuacán.

Amable lector, tienes en tus manos un trabajo que deseo sea de tu agrado.

José Manuel Mariscal Olivares

¡Ixtlahuacán!... pueblito bonito

Profr. Gregorio Vega Diego

Soy originario de un ¡pueblo bonito!
mi tierra adorada ¡es Ixtlahuacán!
Su gente es honrada, humilde y modesta
y todos presumen de buen corazón.

Mi pueblo querido se encuentra en Colima
lugar de palmeras y jugoso limón,
allá hay muchos cocos, naranjas y limas,
plátanos, papayas y... ¡mucho melón!

Allá en mi pueblito rodeado de cerros
resalta orgullosa la torre del templo
y sus campanadas llaman a oración.
En todo diciembre me encuentro contento
se escucha el repique con mucha emoción.

Con gozo recuerdo el jardín de mi pueblo
muy adornadito de puro pinal,
y quién no recuerda ¡aquellas serenatas!
en donde la gente se iba a recrear.

En aquel jardín daban muchas vueltas
¡las guapas muchachas! que son tentación
esperando siempre que algún caballero,
con mucho cariño, les diera una flor.

La gente del pueblo es franca y sincera
todos se ayudan muy de corazón,
ofrecen su casa al que viene de afuera
y respetan al viajero con admiración.

Allá en mi pueblito se dan las ciruelas
muy grandes y dulces sin comparación.

Desde hace años se hacen las hamacas
con sicua de una planta de nombre acapán,
en fin de semana salían las señoras
con burros cargados para Tecomán,
allá las vendían casa por casa
caminando alegres por el arenal.

Muy cerca del pueblo corre el río Salado
en donde la gente se suele bañar,
recuerdo clarito ¡aquel tanque verde!
donde los domingos lo iba a disfrutar.

Yo sé que en mi tierra
se encuentra un cronista,
hombre distinguido del Señor Bendito,
y parte de la historia la escribe entusiasta.

Él se llama don José Manuel,
Mariscal Olivares son sus apellidos,
sus obras son nuestras, y de origen fiel
su trabajo escrito, por muchos ya es leído.

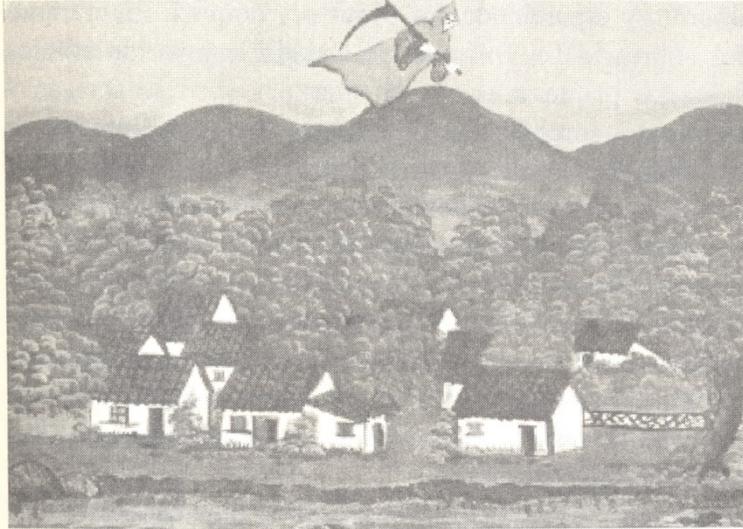
Ya me despido de mi pueblo lindo
y sólo les digo, que para mujeres... está Ixtlahuacán.
Todas las damitas son de piel morena,
y su largo pelo las hace primordial.



José Manuel Mariscal Olivares

Originario de Ixtlahuacán de los Reyes, Colima. En su trayectoria como escritor ha realizado la investigación de la biografía del Profr. Gregorio Guadalupe Vega Larios y los libros *Los Chayacates*, primera edición; *Colima durante el siglo XX y más acá*, *Cuentos y leyendas de Ixtlahuacán*, *Monografía de Ixtlahuacán*, *Los Chayacates*, segunda edición; *Crónicas de mi tierra Ixtlahuacán 1985-2008* y *Casos de misterio y fe en Ixtlahuacán*. Es también autor de las canciones “Yo nací en Ixtlahuacán” y “Mi tradición”, así como del poema “Pequeña patria mía (a Ixtlahuacán)”.

Entre los reconocimientos obtenidos se mencionan el otorgado por la gobernadora Griselda Álvarez en 1981, cuando ganó el concurso de narrativa en la Feria de Todos los Santos, y el que le hizo la LV Legislatura del Estado de Colima en enero de 2008, aniversario de la fundación del H. Ayuntamiento de Ixtlahuacán. Por su interés en la historia, ha sido cronista municipal de su tierra desde 1989; es miembro de la Sociedad Colimense de Estudios Históricos y de la Asociación Estatal de Cronistas de Pueblos y Ciudades de Colima. Preocupado por los orígenes de su tierra, elaboró el proyecto del Museo Comunitario y del Archivo Histórico de Ixtlahuacán, rescatando así objetos valiosos y documentos importantes.



La muerte en Zinacamilán

La Toma es un balneario que se localiza en el municipio de Ixtlahuacán, Colima; nacimiento de aguas cristalinas que se remonta a tiempos prehispánicos. Cerca de ahí se delimitan los vestigios de un pueblo indígena que no se sabe cuál fue su nombre. Este lugar de aguas refrescantes está cerca del poblado también con antecedentes de habitantes naturales llamado Zinacamilán, que en lengua náhuatl significa: lugar de murciélagos.

El manantial de termales diáfanas se une al río Salado, su torrente pasa a escasos doscientos metros hacia el oriente; en su ribera crecen verdes árboles de sabinos, sauces y guamúchiles, así como grandes higueras donde se posan parvadas de blancas garzas y patos negros que, inquietos, vuelan de rama en rama o al árbol más cercano formando un alboroto y esparciendo sus trinos por doquier. En el tramo del balneario La Toma al río Salado hay varios árboles llamados primavera que en marzo y abril se abrigan y adornan de incontables flores amarillas, las florestas se muestran orgullosas y presumiendo sus fabulosos vestuarios que deslumbran aclamando la atención hasta de los ángeles; es hermoso admirar su grandeza, cuando algún vienteccillo se atreve a coquetear con sus capullos, éstos se desprenden cayendo al suelo como lluvia dorada que forma un tapete aurífero en el suelo. El serpenteante río se estrella con un cerrito alargado que corre de poniente a oriente, baja muy cerca del poblado de Zinacamilán, avistando desde aquí el balneario La Piedra Bola.

Es cerca del mediodía, el cielo azul está manchado por algunos nubarrones negros que presagian algo desagradable, el majestuoso cerro de Chamila se divisa desde este lugar, se alcanzan a vislumbrar sus arrugas y algunos lunares de blancos peñascos. En el cadáver de un mutilado árbol de parota se encuentran posados varios zopilotes enfundados en sus enlutadas capas negras, como esperando el momento de bajar a la carroña. En las aguas del río Salado, muy cerca del tanque verde, junto al lugar donde salen las aguas del manantial La Toma y se unen a la rivera, se escucha el frecuente chapotear de las atarrayas que lanzan, una y otra vez, tres habitantes del poblado de Zinacamilán, y de pronto en el cerrito de enfrente se escucha un escalofriante grito:

—¡Haaaaaaaaaaceeeee!

Su eco desafinado y lleno de dolor queda flotando en el tenso ambiente; por unos momentos, parece que los oídos de los tres jóvenes pescadores se quedaron sordos, sus cuerpos son estremecidos por un vienteccillo helado que huye de ahí.

—¿Oyeron? —dice Jorge.

—¡Sí, está feo eso! —comenta Juan mientras atrapa una tempiza que está atorada en la malla de la atarraya de hilo de seda.

Siguen pescando sin darle importancia, pero no pasan muchos minutos cuando se escucha otro alarido, pero ahora más adelante y por la cresta del cerro con rumbo a Zinacamilán.

—¡Haaaaaaaaaaceeeee!

Un estremecimiento se adueña de los tres jóvenes, Juan quiere contestarle lanzando un grito parecido pero Jorge lo detiene:

—¡No lo hagas!, porque es la muerte. Y se puede devolver hacia nosotros.

El joven Juan obedece y no hace la exclamación que se le queda atorada en la garganta. Siguen lanzando las atarrayas y sacando truchas, tempizas, *güesudas* y hasta guavinas, no había pasado mucho tiempo cuando:

—¡Haaaaaaaaaaceeeee!

Otro espantoso lamento se deja escuchar al final del cerrito, ya muy cerca del balneario La Piedra Bola, a unos cien metros

del caserío y, apenas habían tirado otros atarrayazos más, cuando resuenan repetidos disparos de una escopeta en Zinacamilán o Los Chicos, como lo conoce mucha gente. Los tres muchachos, que ya están cerca del rancho, dirigen, sorprendidos, una mirada hacia el pueblo y continúan pescando. El agua del río que antes estaba cantarina, en ese momento, apenas se aprecia que corre hacia abajo; desde aquí se distingue el azul y asustado cerro de Chamila, pasa volando un grupo de garzas engalanadas con sus vestidos blancos. De pronto, llega corriendo Antonio, un amigo de los muchachos pescadores, y con voz agitada les dice:

—¡Mataron a mi tío Andrés! ¡Mataron a mi tío Andrés!

—¿Cómo? —contestan en coro los tres pescadores.

—¡Sí, fue Telésforo!, lo siguió a balazos por la cueva del caimán y lo alcanzó aquí en el pueblo.

—¡Les dije que era la muerte la que iba pa Zinacamilán, y ustedes queriéndole contestar! —comenta Jorge Galván.

—Pos ni modo, ¡vámonos!

Salen del río y se van apresuradamente para el rancho, al llegar, hay mucho movimiento; la gente se arremolina alrededor del cadáver ensangrentado de un hombre, está tirado en el reseco y pedregudo suelo, muchos comentarios surgen por doquier, uno de ellos es el de Jorge Galván:

—¡Hace rato se escucharon tres alaridos en el cerrito de La Toma!, bien les dije a Juan y a Lencho que era la muerte, y... ¡mira!

Pronto llega el comisario del rancho, y al poco rato la Acordada de Ixtlahuacán, es entonces cuando levantan el cuerpo para velarlo. Por la noche se escuchan los sollozos de algunas mujeres cubriéndose el rostro con sus rebozos de barbas, ellas son familiares del difunto, mientras que otras personas elevan plegarias para el descanso eterno del muertito. Ahí, en la ramada de palapa, está el rústico ataúd de madera, y haciendo guardia, cuatro velas de cera que con sus débiles centelleos luchan por no perecer con las oleaditas de aire que curiosas pasan por el lugar. Al rústico ataúd se le pueden ver los clavos, porque es de tablas, ya tiene encima varias flores de azalea y algunos rosetones naranjas de compasúchil o rosa china, como es conocido por aquí. Al día siguiente es enterrado en el pueblerino camposanto de Ixtlahuacán el cuerpo de aquel hombre asesinado en Zinacamilán.

Después del sepelio, los rumores siguen corriendo por dondequiera, dicen que la muerte llegó gritando ayer al mediodía, así lo cuentan los jóvenes pescadores que por azares del destino oyeron los aterradores lamentos de la muerte en el cerrito de La Toma.

Desde esa fecha, por las noches oscuras se oye el galopar de un negro jinete. Muchos dicen que los cascós del azabache animal parecen lanzar chispas al chocar con las piedras de las torcidas y polvorientas callejuelas de Zinacamilán; los perros aúllan y las gallinas cacaraquean lanzando chillidos escalofriantes; una lechuza vuela por encima de los tejados arrojando a intervalos su despavorido grito: ¡gaaar! ¡gaaar! Un par de tecolotes escondidos entre la maraña del ramaje de una frondosa parota, profieren su lúgubre y grave: ¡tus, tus, tus!, a veces sus sonidos semejan risotadas burlonas para los abatidos habitantes de Zinacamilán.

Los que se han atrevido a mirar por alguna rendija de sus casas afirman, bajo juramento, que es un hombre de negro montado en un alto corcel azabache que parece lanzar lumbre por los ojos, oyen el tilín, tilín de sus espuelas, al parecer de plata. El individuo desconocido lleva un sombrero de ala ancha como si fuera un charro y no se le alcanza a ver el rostro, chaqueta y pantalón oscurecidos que se confunden con la noche.

Las luces de los aparatos de petróleo están muertas, las viviendas permanecen a oscuras y con las puertas bien atrancadas, nadie quiere delatar su presencia ante el paso del desconocido, todos coinciden que es el diablo o la muerte que se pasea por Zinacamilán. En silencio, los lugareños rezan a San Juan, que es su santo patrono, para que aleje este espíritu siniestro. Nomás oscurece y nadie quiere salir, sólo el serpenteante río Salado se atreve a mover sus aguas, aunque lo hace con discretas corrientes.

Un día por la mañana, muchos habitantes cansados de tanta inseguridad por las noches, se reúnen frente a la pequeña capilla de San Juan y todos coinciden que tienen que hacer algo para que termine este maleficio; una anciana opina que se coloquen cruces de palma bendita alrededor del pueblo de Zinacamilán para que ya no entre al caserío ese espanto; a todos les parece buena idea y de inmediato van a sus casas para traer las palmas benditas que les dio el cura el Domingo de Ramos. Se ponen a formar las crucecitas, algunas cosidas con aguja, otras pegadas con cera de cajón y cuando ya tienen bastantes se las reparten para colocarlas en los alrededores del pueblo; van pegándolas en los árboles, postes, cercas y paredes.

Cuentan que desde que pusieron esas señales cristianas de palma bendita se terminó el azote de la presencia del jinete negro por las callejuelas del poblado; terminando así con la visita de la muerte en Zinacamilán en el municipio de Ixtlahuacán, Colima.



La madrina del rico de Ixtlahuacán

Están en abundancia las salinas del sur de Ixtlahuacán. Antes de que salga el reluciente lucero en el horizonte, muchos hombres empiezan a trabajar en playas y esteros como El Real de San Pantaleón, El Tecuán, El Coco y otros más muy cerca del mar. En el tiempo de los acontecimientos, el territorio de Ixtlahuacán llegaba hasta allá, donde está una piedra adentro del océano, en el balneario de El Real. Anticipadamente al repunte del sol, ya se escuchan los silbidos, cantos y risas de aquellos toscos hombres, la

algarabía se mezcla con la armonía de los desmañados grillos y los graznidos de las gaviotas que revolotean en la reventazón de las olas, ambicionando pescar algo para el almuerzo. Durante el día, los trabajadores andan sólo en calzoncillos de manta, así laboran sacando la salmuera que en poco tiempo se convertirá en el oro blanco: la sal, producto muy apreciado en la región y que los arrieros transportan en sus largas recuas de mulas hasta la lejana tierra de Guanajuato, pues la utilizan para el tratamiento de los productos que sacan de las minas.

En la zafra del año pasado, como en éste, muchos trabajadores han visitado en el pueblo de Ixtlahuacán a don Basilio Jorge, un acaudalado señor que predomina en esta tierra; llegan aquí para que los habilite (que les preste dinero). Es una mañana de enero, aún hace frío, apenas acaba de pasar la fiesta de Los Chayacates, el seis de enero; los gallos entonan sus coros confundidos entre el caserío del pequeño pueblo de Ixtlahuacán, el jorobado cerro del águila, que está por el lado sur del poblado, apenas se empieza a teñir de rojo con los primeros rayos del sol que surgen del horizonte. Frente a una casa de adobe y tejas de barro hay un grupo de hombres que cubren su cabeza con sombreros de palma, portan camisa y calzón de manta amarrado a la cintura y tobillos, ceñidor rojo atado a la cintura, huaraches de correa cruzada y costalillos de arrial que les cuelgan del hombro.

El jefe de la cuadrilla, llamado Zenón, le pregunta a un sirviente que sale de la casa, mientras unos perros ladran con insistencia:

—¡Güenos días!, ¿está don Basilio?

— Ai stá, horita li hablo — responde el mayordomo.

Se introduce a la gran casona, la cual, por la parte de atrás tiene dos caballerizas con puertas de golpe y caidizos con teja de barro quemado en los hornos con leña; se escuchan los bramidos de varias vacas que en ese momento ordeñan los trabajadores de don Basilio. Mientras, los salineros observan que en una de las tablas de la puerta de golpe hay una herradura clavada.

—¡Es pa que llegue la suerte! —comenta uno.

Sale don Basilio, un hombre alto con sombrero colimote de ala ancha con barbiquejo de vaqueta de res que le cae por la nuca, chaqueta de mezclilla azul bajito, pantalón de manta amarrado a la cintura y tobillos, y botines de cuero de toro curtido; va al encuentro del grupo de trabajadores y les dice amistosamente:

—¡Quiubo, cabrones! ¿Cómo va la chamba?

—¡Bien, don Basilio!, pero ocupamos que nos habilite.

—¡Ora!.. ¿Y cuánto dinero van a querer?

—Pos mire patrón, ora queremos que nos haga favor de prestarnos veinte monedas de plata cero siete veinte, desas que tienen un resplandor pintado.

— ¡Ah jijo!... ¿Y pa qué quieren tantos centavos?

—Pos verá asté, queremos llevar harto comestible pa las salinas y pa toda la semana, porque queremos echar varios viajes de sal pa Colima, y pa pagar los arrieros.

— Güeno, pos a la pasada me dejan un puño de sal pal gasto y pa las vacas.

Don Basilio les entrega el dinero al grupo de trabajadores y éstos se despiden.

—¡Ta güeno!, entonces ahí nos vimos don Basilio, en luego le pagamos como siempre.

—¡No! Pérense tantito, pa que se lleven unos quesos y un bote de jocoque, pa que se echen un taco.

—¡Güeno, muchas gracias! y que Diosito se lo pague.

Se fueron aquellos hombres morenos y rudos con rumbo a Cuasmecallán, un lugar que está al sur del poblado. Al bajar la cuesta que conduce a la laguna de Alcuzahue, pasaron por donde está un árbol de asmol que tiene grabado el dibujo del fierro del ganado de la Cofradía de la Virgen Milagrosa de Ixtlahuacán, siendo las letras de MA (que significa María). Más adelante, ya con el sol de media mañana, llegaron al arroyo de La Pedregosa, ahí se alza un grueso y alto árbol que los indígenas llaman oreja de ratón, también éste tiene dibujado el fierro del ganado de la Cofradía de la Virgen de Ixtlahuacán; después pasan por la mojonera de la Cruz Gorda, luego continuaron bordeando el rancho de Las Tejeda, rodeando la laguna de Alcuzahue, para después ir por la margen poniente de la laguna Colorada y al lado occidente del Cerro Bola, aquí se dividen los caminos, uno que va a Tecomán y otro al antiguo pueblo de Mispán; después de pasar por el Cerro Bola, el grupo de gente que va a las salinas, pasó por la mojonera del rancho de Reyes, y por las tierras de E. Torres, más adelante alcanzaron a distinguir el rancho de Los Ramírez, pasaron después por las tierras de Juan Pedro y la mojonera del Cauhite; entre silbidos y casi al mediodía, los salineros de Ixtlahuacán pasaron cerca del rancho Las Cuatas y después por la hacienda de Palo Cauhite; en este

sitio, se divide el camino, un ramal se dirige al rancho Los Mezcales y otro, el que siguieron, que va al mar pasando por el rancho El Chococo hasta llegar a las salinas del Caimán, todos estos lugares pertenecen a Ixtlahuacán.

Así transcurre el tiempo de trabajo para los salineros. En el arenal se ven muchos montones de blanca sal, semejan grandes bolas blancas de algodón esparcidas por la orilla de los esteros cerca del mar.

En el pueblo de Ixtlahuacán, en una mañana dominical de noviembre, el hacendado del pueblo, don Basilio Jorge, se encuentra almorzando sentado en su chimotal tejido de tule y sobre la mesa de madera se observa un plato hondo lleno con caldo de pescado del río Salado, resalta succulento cuatete bien cocido que todavía humea, el recipiente se complementa con el sabor de la cebolla picada cruda, un chile seco quemado en el comal, hojas secas de orégano y un chorro de limón; también está un tortillero hecho de tule donde la sirvienta, de vez en cuando, deja las infladas tortillas de maíz negro que salen del comal de barro.

La joven sirvienta, de trenzas hasta la cintura, jolotón blanco de manta adornado con figuras de la puntada de espuma de mar, enaguas hasta los tobillos y una cara morena donde resaltan los hermosos ojos azabache que, continuamente, las grandes pestañas esconden celosos, le dice un poco temerosa:

—Pos... ¡fíjese patrón!... asté no stá pa saberlo ¡ni yo pa contarlo, pero dizque... al rato, va a haber baile en Tamala y quesque van a estrenar jarros nuevos las caneleras, y que trajieron alcohol güeno de Colima.

El hacendado sonríe un poco mientras bebe el caldo de pescado, está enchilado, pues le muerde constantemente a un chile seco dorado; contesta:

—¡Güeno!, ¡güeno! Domitila, me stás encalillando, ¡pueque al rato me dé una vuelta pa'llá!

Pronto se fue el día, y cuando empieza a caer el crepúsculo, el imponente cerro de Chamila se pintá con tonos rojizos, se le distinguen perfectamente las arrugas y luce en el pecho un lunar blanco de peñascos, tiene una nube posada en la cumbre semejando un parasol amarillento que refleja los rayos solares. Ha terminado la misa en la vieja iglesia de Ixtlahuacán, don Basilio se arrodilla ante la imagen de la Virgen La Milagrosa que tiene una corona de oro y está pisando en una media Luna, se encomienda como siempre a esa efigie a la que nombra "madrina" y a la que le tiene mucha devoción.

Más tarde un jinete avanza por el polvoso camino que conduce al pueblo de Tamala, el caballo es blanco, la gran cola esponjada del mismo color, la montura es nueva, las cantinas tienen dos letras que son B.J., iniciales de Basilio Jorge, ahí va aquel hombre con sombrero colimote, camisa y calzón de manta nueva con algunos adornos, los huaraches recién comprados y su paliacate amarrado al cuello; colgado del hombro izquierdo, lleva su costalillo de arrial con un montón de monedas de plata, cabalga con un trote que hace sonar las herraduras al chocar contra las piedras. De vez en cuando florecen algunas chispas que pronto se pierden en la nada. Los grillos ya empiezan a hacer sonar sus afinadas flautas mientras se esconden entre la abundante hojarasca a los costados de la vereda, al sur se divisa el imponente y jorobado cerro del águila lo suficientemente cerca para que,

en esta época, se distingue el manto gris formado por los árboles ya sin hojas y sus grandes remangos desiguales. La montaña permanece serena, inmóvil, como observando al hombre. Al llegar a Tamala, los perros ladran fuerte al escuchar el trote y el tilín tilín de las espuelas del jinete; ya se distinguen los fogones encendidos formados por tres piedras y la olla de barro con agua hirviendo lista para las canelas, se observan varias desvencijadas mesas de madera con botellas de ponche de granada, piña quemada o de tamarindo, y sin faltar el rompopo.

Un grupo de músicos entona canciones, aunque a veces se desentonan y los instrumentos tampoco están bien afinados. Varias parejas de aldeanos bailan haciendo polvareda; hasta ahí llega don Basilio Jorge montado en su blanco caballo, una mancha de perros lo sigue con sus ladridos.

—Ssssst perros, ¡sosiéguese! —les grita don Macario Anaya mientras les avienta unas piedras.

Don Maca, como le llaman en Tamala, es un anciano de cabello cano y despeinado, de rostro chamuscado por el sol, camisa y calzón de manta, y sin faltar sus huaraches cruzados.

—Güenas noches don Macario. ¿Son bravos los perros?

—¡Nomás son argüenderos los cabrones! Don Basilio, que güeno que vino a la pachanga.

—Pos vine a dar una vueltita y a ver las muchachas. ¡Ja!, ¡ja!, ¡ja!

—Pos bájate, pa que corretiés a esa morena que stá sentada en el equipal.

—¡No! Pérate tantito, primero hay que echarnos un trago pa que se nos quite el miedo.

Don Basilio pidió dos ponches de granada, uno para él y otro para don Macario. El color de la bebida es roja porque lo mezclan con jamaica y se notan los granos de esa fruta agridulce. Entre risas le dan el primer trago mientras sigue el bailongo, algunas mujeres venden sopitos, pozole y enchiladas, se ven los fogones ardiendo en el suelo y las lengüetas de lumbre abrazan las cazuelas de barro que chillan con la manteca caliente cuando frien los sopos. Don Basilio ha bailado varias polkas, una de ellas es “El zopilote mojado”, y un son como “La morisma”, aventando los pies para allá y para acá, demostrando su habilidad al pasarse unos filosos cuchillos por todos lados del cuerpo mientras zapatea. Luego pide que le toquen el son “Yo nací en Ixtlahuacán” y los músicos lo interpretan:

¡Yo nací en Ixtlahuacán!,
¡la tierra que Dios estima!
¡vecino de Michoacán!
con Tecomán y Colima.

Me arrullaron en hamacas
de blanco y fino acapán
y las mujeres son flores
que adorman este lugar.

Un día del calendario
yo nací en Ixtlahuacán,
me distingo por honrado
¡muy noble y trabajador!

corren con rumbo desconocido perdiéndose en la negrura de la noche. Momentos después el hombre acuchillado se levanta y regresa donde se había quedado don Basilio, éste al verlo le dice:

—¿Ónde juites amigo?

El desconocido sólo le responde:

—Jui a arreglar un asuntooooo, pero ya puede irsee sin problemaaa, don Basiliooo.

El hacendado no comprende, se encoge de hombros y monta en su caballo, alejándose con rumbo a Ixtlahuacán y se pierde en la negrura de la noche.

La alborada del día ya se distingue en el horizonte, el coro de los presumidos gallos se percibe en el caserío del pueblo, la campana de la vieja torre de la iglesia de Ixtlahuacán de los Reyes repiquetea escuchándose a distancia, llama a los feligreses a misa de la mañana; los vaqueros de don Basilio ya ordeñan las vacas en los corrales, con insistencia se oyen los bramidos de los becerritos que ya tienen hambre. El hacendado también anda entre las reses, a pesar que se emborrachó anoche hoy está listo para los trabajos. El Sol penetra en el corral donde trabajan, una de las sirvientas se acerca y dice:

—Don Basilio, ahí li hablan unas señoras de Tamala.

—Orita voy, nomás me desocupo.

Momentos después seis señoras, de enaguas largas que barren el suelo con ellas y rebozos negros de barbas que les cubren

la cabeza terciados al hombro izquierdo, entran a un cuartito que es el recibidor del hacendado, ahí está él sentado en un chimotal.

—¡Güenos días señor!

—¡Pásenle! ¿Qué les trai por acá?

Una de ellas contesta:

—¡Pus nada!, nomás veníamos, pus me da pena señor.

La vieja mujer agarra la punta de su rebozo y comienza a jugar nerviosa.

—Mira mujer, díganme sin vergüenza lo que traen.

—Pos verá asté, señor don Basilio, anoche, en el baili de Tamala, me tumbó mi mesita con las cositas que staba vindiendo: las botellas de ponche y de rompopo; y en luego mi ollita con canela, también se quebró señor, uste sabe que yo trabajo por necesidá.

—Güeno mujer, ¿cómo cuánto vale lo que quebré?

—Pooooos... yo lecho que serán como siete pesos cero siete veinte de plata.

Sin decir nada, don Basilio se levanta y se dirige a otro cuarto, regresa con un costalillo con monedas y le da a la señora no sólo siete, sino ocho monedas.

—¡Munchas gracias patroncito! ¡Diosito ha de pagarle lo güeno ques!

Don Basilio continuó pagándoles a las otras señoras de la misma forma. Esto se repitió en muchas ocasiones con mujeres de Jiliotupa y de Ixtlahuacán; el señor aprovechaba su fortuna ayudando a la gente de esa forma.

Comenzaron a escucharse los comentarios de que la noche anterior habían matado a un hombre en el devisadero, pero que no lo encontraron. El rico de Ixtlahuacán pensó: "Fue mi madrina, la virgen milagrosa de Ixtlahuacán, la que me salvó de la muerte, me mandó un ánima pa que me acompañara y me salvara".



El río encantado de Tamala

Hace ya muchos años, en la época prehispánica de esta tierra, el pueblo indígena de Tamallan (hoy Tamala) estaba asentado más arriba del lugar actual, las viviendas eran de techo de zacate y paredes de pajarete, la lengua de esa comunidad el náhuatl.

En este lugar había un refrescante regato con sus termales límpidas que cantaban entre las piedras, y en sus partes tranquilas servían de espejo donde los cerros y árboles

peinaban sus desordenadas cabelleras, y las blancas nubes se embelesaban contemplándose en sus aguas. El origen de este manantial estaba cerca de otro poblado indígena llamado Jiliotupan, ahí se avista un sublime nacimiento de agua que florece y corre hacia abajo por el arroyo que cruza el poblado, las riberas del regato se adornan con un cinturón de sombrosos árboles de sabinos y sauces donde las blancas garzas se apretujan en sus cálices semejando una alfombra de algodón extendida bajo los rayos del dorado Sol.

Todo transcurre normal en este valle escondido entre dos perezosos cerros que descansan a los lados. Al atardecer avanza un grupo de arrieros con rumbo a la Villa de Colima, llevan sus recuas cargadas de mercancía, sus silbidos y gritos resuenan en las rocosas paredes de las lomas que los rodean, entre las ramas de una blanquecina tezcalama sin hojas brincotea un montón de coludas y ágiles chachalacas, lanzan sus fuertes exclamaciones que parecen decir: pata rajada, pata rajada; como si se burlaran de los caminantes que van con sus sombreros de palma y sus gabanes terciados, las largas hileras de mulas cargadas avanzan detrás de la caponera que va con su insistente sonsonete del cencerro colgado del pescuezo.

Las amarillas calandrias, las grises urracas con sus copetes ladeados y otros pájaros, se cuelgan y columpian en las ramas de los altos guamúchiles picoteando los enroscados y rojos frutos que se antoja probar.

Esta mañana, cuando los maizales lucen su dorado color y están listos para la cosecha, las parvadas de güilotas de alas blancas merodean los sembrados queriendo almorzar granos de maíz; un par de torcacitas que se encuentran posadas en una rama de cacanaguán, mientras se espulgan, lanzan su

canto semiagudo que semeja decir: tuunto, tuunto. De pronto aparece en la curva del camino una señora de piel morena, sus largos cabellos caen por su frágil espalda en forma de dos trenzas, lleva su *tachigual* (vestido) casi hasta el tobillo y su jolotón sin mangas adornado con *relines* en el pecho, sobre la cabeza carga una batea de madera casi plana copeteada de ropa, viene a lavarla, sus pies descalzos ya se mojan al entrar a las frescas aguas del río de Tamala; su nombre es María, se acerca a un lugar donde hay una piedra inclinada dentro de una improvisada enramada con cogollos de sabino, ahí baja su carga, luego susurrando una melodía en náhuatl que no se alcanza a escuchar con claridad, se sienta en una piedra con las piernas dentro del termal, comienza a lavar la ropa de su marido y la de sus hijos, usa como jabón bolitas de asmolillo, bejuco que crecen encima de los sabinos; luego, golpea la ropa contra la piedra para que suelte la mugre.

En ese momento llega al lugar otra anciana desconocida, su pelo es cano, semicubierto por un rebozo de barbas y de color negro, también lleva en la cabeza una bandeja repleta de ajuares percutidos. Al llegar, sus ojillos brillan de coraje cuando descubre que María ya está lavando en la piedra que ella usa; se detiene a la orilla del río y con voz iracunda grita palabras ofensivas en náhuatl:

—¡Chicualantica!, ¡shiplintli! ¿Quién te dio permiso que enjuagues en mi lavadero?

María contesta:

—¡Shiplintli!, ¡shiplintli! ¿Quién es asté?... ¡Yo ni la conozco!

—¿Qué ti importa? —responde la anciana.

Efectivamente, la recién llegada no es de Tamala, nadie la conoce, pero hoy ha venido hasta el río y grita de nuevo:

—¡Que ti salgas!, ti lo digo.

María no se acobarda y le responde:

—¡A mí no mi vengas a gritar vieja desgraciada!

—¡Pos ti sales o ti saco!

—¡Pos sácame si empuedes!

La recién llegada, zarandeándose de furia y lanzando las palabras menos santas que encuentra, baja la batea con ropa que trae en la cabeza y la deja en el zacate. María, sin perder tiempo, agarra unas piedras; la otra se arma con un garrote y, mascullando todo tipo de abominaciones, se trezan en un inhumano pleito, pronto caen al río y ruedan entre las piedras mientras se desgüeñan, continúan golpeándose, la sangre ya tiñe el agua del río. Después de un rato de pelea quedan exhaustas, tendidas y empapadas dentro de las refrescantes aguas que parecen decirles que dejen de pelear. De pronto, la anciana se alza de entre las aguas, levanta sus largos, flacuchos y morenos brazos en dirección de la laguna de Alcazahue e implora al espíritu de la cañada:

—¡Gran señor, acude a mí!, ¡sabis que mi alma es tuya! ¡No pirmitas qui mi humilli esta méndiga vieja di Tamala!

Al poco tiempo, una negra nube cubre el brillante Sol, luego, un gigantesco remolino se forma en la cumbre del cerro cercano, se escucha un estruendo, los árboles crujen y se

quiebran, las piedras arrollan lo que encuentran en su camino cuesta abajo mientras se despeñan en el precipicio.

María, con los ojos desorbitados, sólo mira semirecostada entre la hierba. La desconocida lanza unas siniestras risotadas que se confunden con el escándalo de la borrasca, luego, con la cara sangrante, el cabello enmarañado, la ropa hecha jirones que se revuelve con las endemoniadas ráfagas de aire, dice triunfante:

—¡Gracias señor dil disfiladero! ¡Sé qui stás aquí!, ¡castiga esta raza insolente! que se atrivió a disafiarme. ¡Secaré esti río!, ¡naiden volverá a bañarse en sus aguas ni a lavar aquí!

La anónima mujer toma las dos bateas de madera, avanza al centro del caudal y coloca las bandejas formando una equis en medio del torrente e inexplicablemente comienza a secarse el río.

Después de eso, la anciana se fue lentamente hacia la braveza en el cerro y desapareció en medio de aquel tornado, después todo quedó en calma; María tomó sus ropajes mojados y se apresuró a irse del lugar. Antes de dar vuelta al camino, se detuvo y al mirar hacia el lugar donde minutos antes estuvo el río, sólo ve las piedras mojadas que emergen de la arena todavía húmeda.

Muchos años después, a finales del siglo XX, aún puede verse el arroyo seco que ha quedado de aquel torrente de aguas cristalinas que un día convirtió el pueblo de Tamala en un vergel, pero que un lejano día fue secado por una desconocida anciana, hoy sólo queda la esperanza de que alguna vez, un sacerdote de la Parroquia de Los Reyes en Ixtlahuacán, con sus oraciones, descubra el sitio exacto donde permanecen

las dos bateas de madera formando una equis, embrujo que mantiene seco el río de Tamala. Dios quiera que pronto se rompa ese sortilegio para que vuelvan a correr las aguas frescas por esta región y el poblado de Tamala tenga otra vez su manantial.



El capitán de la fiesta de San Miguel Tamala

En la época colonial, los españoles trabajaron en el pueblo indígena de Tamala, muy cerca de Ixtlahuacán, un filón de cuyas entrañas extraían yeso y mármol. Los ancianos del lugar aún cuentan que sus antecesores se ocuparon en esta mina, se internaban en el oscuro túnel cargando canastas con piedras mientras que otros se dedicaban a excavar en el interior, alumbrándose con hachones encendidos; todo el pueblo sabe de la existencia de esta veta, pues bien se aprecia la entrada desde el serpenteado camino que conduce a Jiliotupa.

Existen historias acerca de otras minas que hubo en Ixtlahuacán, una de ellas, la de los Anaya del pueblo de Tamala. Se cuenta que esta familia poseyó el secreto de una mina de oro; nunca se supo cómo la encontraron, lo que sí es conocido, es que esta confidencia fue transmitida de padres a hijos, pero no todos los miembros de la familia supieron el lugar exacto de la entrada, el conocimiento sólo se le otorgó al elegido; el último de esa raza que poseyó este secreto fue don Andrés Anaya, padre de don Macario y Esteban, un anciano humilde de rasgos indígenas. Se cuenta que este señor, nomás se iba acercando la fiesta del santo patrono San Miguel Arcángel (el 29 de septiembre), lo veían viajar a Colima montado en su burro, llevando unos costalillos de arrial con piedras para vender a un joyero de nombre Teófilo Pizano, artesano que tenía su taller frente a la mercería de piedra, también les llevaba piedras a familias muy mencionadas de la ciudad de Colima y entre los comentarios se decía que se las compraban en veinticinco pesos de aquel tiempo, además de pagarle con mercancías varias. Una de estas familias seguido comentaba que un indito de Tamala les llevaba a vender piedras de oro. Don Andrés utilizaba el dinero que obtenía para la festividad del santo patrono del pueblo San Miguel Arcángel, siendo el capitán de la fiesta. Don Macario Anaya, hijo de don Andrés, no supo de la existencia de ese tesoro, pero sí luchó para que se hiciera el ejido en su comunidad; cuentan los lugareños de más edad que en varias ocasiones se enfrentó con los terratenientes, él era un líder y lo querían amedrentar para que desistiera de su propósito, sin embargo ahí está formado el ejido de Tamala.

Cuando la tarde se viste con el crepúsculo, el majestuoso cerro de este pueblo irradia en sus orillas con el Sol a su espalda, mientras que el poblado empieza a acurrucarse en las faldas de ese gigantesco montículo.

Un grupo de ancianos se reúnen a platicar sentados en las desvencijadas bancas de madera del pequeño jardín de este caserío, la polvosa carretera que viene de Colima o de Tecomán, atraviesa el pueblo y pasa justo a unos metros de la plazuela de Tamala. Es el mes de noviembre, la sombra del gran centinela de Tamala ya se arrastra lentamente cobijando los techos de zacate y tejas de barro de las viviendas, en el índigo cielo se observan largas parvadas de verdes pericos que cruzan de oriente a poniente, dirigiéndose a la cima del cerro para anidar durante la noche, allá en las alturas van dejando una cauda de borucas que se desvanecen en la nada cuando se alejan. Mientras, el grupo de hombres de rostros morenos adornados con las arrugas del tiempo, y con el pelo cano y despeinado, relatan innumerables historias: unas, que les han sucedido; otras, que les narraron sus ancestros; una de ellas es la de la mina de oro de Tamala, dicen que se encuentra en el cerro de Chan Cocho, por la carretera que conduce a Colima, entre la cruz que está en el puerto de la cima del camino y la encrucijada de Turla. Dicen que como seña, en la entrada está un rocoso paredón. Ahí hay un árbol llamado tezcalama, es alto y está justo en el pórtico de la veta.

Uno de los hombres de edad avanzada que platican con emoción es don Santos Espíritu Alcaraz; él cuenta que una vez, por azares del destino, al pasar por esos lugares recónditos del cerro Chan Cocho al mediodía, encontró la entrada del que se antoja ficticio yacimiento áureo; afirma bajo juramento y con la señal de la cruz en los labios, que hay una escalera de madera para bajar a la cueva. Cuando la encontró, puso señales en los alrededores para otro día acudir con más gente y rescatar el tesoro.

Don Santos aceptó que su cuñado Jesús Benavides lo acompañara, y una mañana salieron de Tamala y caminaron por la barranca; cuando llegaron al sitio, oh desilusión, habían desaparecido las cruces, señas y muestras que dejaron, y de esta forma quedó escondido otra vez el fabuloso tesoro. Jesús Benavides se enojó con don Santos Espíritu, porque pensó que no lo llevó al sitio exacto. Pero lo cierto es que Benavides llevaba codicia, por eso no pudieron apreciar esa fortuna.

Don Santos comentó que don Esteban Anaya mencionaba que la mina se puede encontrar por las notas musicales de un mariachi, decía que suele sonar esa armonía campirana en lo sombrío del cerro de un momento a otro.

—¡Con razón una vez escuché música por ese rumbo! —dijo don Juan Cobián, otro hombre de los que estaban reunidos—, pero no me atreví a contarlo por temor a que dijeran que estaba loco.

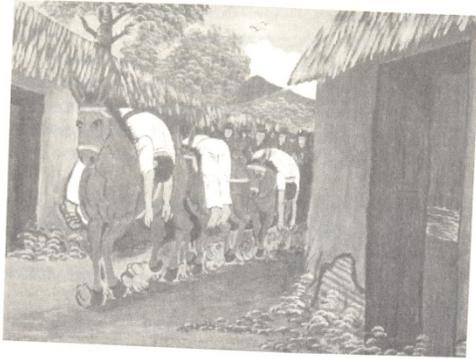
Juró y perjuró que una noche sin estrellas, ya en la madrugada, se levantó a orinar, la tenebrosidad era dueña del pueblo y el silencio reinaba por donde quiera, sólo de vez en cuando un relámpago iluminaba las cimas de los cerros que rodean y guardan el dormido pueblo de Tamala.

—En ese momento, cuando me disponía a entrar a la casa, escuché la canción de un mariachi; la música brotaba por todas partes, no escuchaba bien de dónde salía. Sin embargo, al poner mucha atención, precisé que era en dirección al cerro de Chan Cocho, me acordé de la leyenda, los cabellos se me pararon, un escalofrío me recorrió todo el cuerpo y pensé: ¡es el diablo!, me persigné y me metí rápidamente a mi casa.

Otros integrantes del grupo contaron que andando por ese lugar algún Viernes Santo, encontraron la mina, entraron y vieron que hay muchas piedras esparcidas por el suelo que en cuyo interior contienen el polvito de oro, pero no pudieron sacar ninguna, porque hay una voz cavernosa que dice: toooodo o naaaada.

Lo cierto es que la leyenda de la mina de oro circula entre los pobladores de Tamala; historia que todavía relatan los abuelos de esa población, cuando se reúnen por las tardes, cuando los grillos entonan sus cantos, cuando la lechuza lanza sus graznidos y los murciélagos hacen marañas con sus vuelos en el aire por encima de la plazuela.

Ya se levantan los señores que en esta tarde estuvieron relatando la leyenda, se despiden y se alejan lentamente apoyados en sus bastones de madera, en diferentes direcciones del pueblo, perdiéndose en la oscuridad de la noche.



Los cristeros en Ixtlahuacán

Las puertas de madera de la vieja iglesia de Ixtlahuacán están cerradas, así se ven desde hace dos meses, el sacerdote que oficiaba misa ya no viene porque el gobierno anda persiguiendo a los curas, pero algunos habitantes de este pueblo saben que en Chalipa, un lugar recóndito entre el monte, muy cerca de la laguna de Alcu zahue y de Tecomán, hay un cura que a escondidas celebra algunas ceremonias religiosas; ya se han casado varias parejas de jóvenes ahí, como es el caso de Pedro Olivares Candelario y María Larios

Reyes, y hasta han bautizado niños que necesitan este sacramento por estar enfermitos.

Es cerca de mediodía, el Sol se oculta tras una blanca y esponjada nube que parece de algodón, de pronto se escucha el pitido de un cuerno.

—¡Son los cristeros! —gritan unos hombres de pelo cano, con camisa y calzón de manta que se encuentran sentados a la sombra de los árboles en la plazoleta Miguel Hidalgo de Ixtlahuacán.

Se oye el galope de muchos caballos y se ve la polvareda allá en El Calvario, hace un rato pasaron por Tamala. La gente no se atreve a salir, los que viven cerca del jardín vigilan por las rendijas de las paredes de sus casas. Una mancha de perros recibe a los recién llegados con sus constantes ladridos; el cuerno ha dejado de lanzar su agudo canto que significa rebelión, protesta y valor. Los jinetes desmontan en la parte trasera de la iglesia, frente a la fonda de doña Ángela Larios, una señora de enaguas largas hasta el tobillo, un jolotón de manta adornado con figuras de deshilado y de cabello cano y piel morena. Se observan muchos caballos amarrados en las cercas de cajón por toda la calle; en este lugar les dan tortillas de maíz blanco y negro, carne seca llamada cecina y algo de ropa para que se cambien, pues varios de los hombres ya la traen hecha andrajos y sucia; algunos habitantes del pueblo les regalan caballos porque varios de los suyos ya andan renqueando.

Estos momentos, en los cuales los cristeros con su jefe Marcos Torres estuvieron en el pueblo de Ixtlahuacán, fueron de mucho miedo para los lugareños, pues sabían que de un

momento a otro podrían llegar los del gobierno y se armaría la trifulca.

El movimiento de los combatientes se hace rápido y en silencio, no todos los guerrilleros pudieron disipar su hambre y deciden ir a los plátanos y cocos de la Huerta de las haciendas, un lugar muy cerca del manantial llamado La Toma por el rumbo de Zinacamilán. Allí se dirigen, se escucha el tropel de los caballos, y sólo queda una nube de polvo a la salida del pueblo.

Cae la tarde en el caserío de Ixtlahuacán, la cima del cerro de Chamila se pinta de rojo con los últimos rayos del Sol, es diciembre; en las alturas del cielo azul, cruzan parvadas de verdes pericos provenientes del cerro de La Tabaquera, vuelan lanzando al aire su algazara que se esparce por donde quiera, se dirigen a pernoctar en sus nidos fabricados en las cumbres de los viejos árboles. En esos momentos llegan a la polvosa plazoleta de Ixtlahuacán largas filas de soldados que vienen de Colima, sus pantalones están tan sucios que apenas puede verse su color original, sus camisas de manga larga, sus botas llenas de lodo y estiércol seco que huelen a diablo, y cruzadas por la espalda descansan dos carrilleras cuajadas de cartuchos; una pistola de cilindro cuelga de su cintura y un rifle de los orejones en la mano; sus sombreros son de palma con un listón rojo alrededor de la copa; otro distintivo igual prendido en la manga derecha de la camisa. La caballería se ve maltrecha y cansada, el sudor corre por sus caras sucias y barbadas cayendo a la tierra reseca que se lo bebe con ansiedad. Se escucha el tilín, tilín de las espuelas y el rechinar de las monturas, varios perros ladran insistentes al paso de aquellos hombres que de vez en cuando les lanzan un grito de ofensa y amenazan con matarlos.

Las casas de pajarete y techo de zacate de lomas cercanas a la plazoleta del jardín Hidalgo permanecen cerradas, los habitantes no se atreven a asomarse, sólo una parvada de negros zanates, con su algarabía, cruza velozmente por encima de aquel grupo de hombres armados.

Cae la tarde. Los grillos, sin entonar sus cantos, permanecen escondidos entre las piedras o bajo las tecatas de los árboles temerosos de que los descubran los soldados. Los gendarmes han entrado a la vieja presidencia, una casona rústica con horcones, pajarete y techo de tejas de barro; ahí, buscan dónde recostarse para pasar la noche; son muchos, y deciden que parte del grupo dormirá en la iglesia; preguntan por la llave de las grandes puertas de madera del santuario; ningún habitante del pueblo quiere decir que doña Ángela Larios, que vive contra esquina, es quien guarda la llave de la puerta principal. Las plantas que las mujeres del pueblo han sembrado alrededor del templo: teresitas, lirios, rosa china, azaleas, etcétera, sirven como comida para los hambrientos caballos que las devoran con rapidez, en poco tiempo queda todo pisoteado y lleno de estiércol maloliente.

Pronto se sabe que los del gobierno vienen en busca del cabecilla de los cristeros, Marcos Torres, un joven guerrillero que carga dos carrilleras con municiones en el pecho y espalda, pistola de cilindro y rifle de los orejones, de esos que truenan dos veces. No falta quien avisa a los gendarmes que los cristeros acaban de salir para Las Haciendas. Se escuchan gritos de los jefes ordenando la persecución, se ve la corredera de soldados, los caballos resoplan cuando los gendarmes les clavan las espuelas en la panza para apurarlos. En poco tiempo se pierden haciendo algunos disparos al aire frente al cerrito de la Virgen, a la salida del pueblo.

Pasan por el lugar de las tres puertas, ahí donde está una piedra despedazada y donde, cuentan los viejos, habitaba una serpiente de siete cabezas que fue asesinada por una centella. Siguen por el lado izquierdo cruzando la puerta de golpe, no tardan en llegar a la huerta de Las Haciendas. Los cristeros están confiados, descansando y cortando cocos; pero el tropel de los caballos delata a los gendarmes y pronto, los cristeros, se ponen a la defensa, Marcos Torres a la cabeza ordena el contraataque, los disparos resuenan en el cerro peñazcudo que está enfrente, los gritos de los dos bandos se mezclan como lo hacen las balas que silban alrededor; de pronto, se escucha el grito de dolor de un cristero que cae herido de muerte, se desploma pesadamente entre las palapas podridas; las detonaciones de los rifles orejones resuenan entre las palmeras como gritos de la muerte que merodea por ese lugar.

Los cristeros están acorralados, es difícil huir porque hay una cerca de alambre de púas, unos brincan por ahí, otros logran cortar las hebras con sus afilados machetes para que pasen los caballos.

Los disparos siguen, los gritos de dolor también, parece que no hay escapatoria para los cristeros, todo indica que morirán irremediablemente. Uno de los revolucionarios, en su desesperación, invoca a la Virgen Milagrosa del viejo templo de Ixtlahuacán, se encomienda a ella y le pide que los salve de esa muerte segura, se hinca, por unos segundos, detrás de un matorral para hacerle la petición, y en ese momento se forma una gigantesca polvareda, el viento sopla con mucha fuerza, las palmas se mecen peligrosamente amenazando con quebrarse, vuelan las palapas secas y el polvo lo cubre todo. Hay confusión, los del gobierno gritan: “¡Alto! ¡Alto al fuego!”, el ruido es ensordecedor; los cristeros aprovechan

esto y logran escapar bordeando el río Salado con rumbo al pueblo de Caután. Fueron unos minutos que parecieron eternos lo que duró esa borrasca en seco, luego vino la calma, queda todo revuelto, hay muchos muertos, unos atravesados en la cerca de alambre y otros en el zacate. Ahí quedan los cadáveres ensangrentados de los dos bandos.

Las primeras sombras de la noche empiezan a pintar de negro las palmeras, el cerro peñazcudo semeja un enorme monstruo deforme, agazapado y observando. Los del gobierno, sudorosos, cansados, maltrechos y temblando de coraje y otros de miedo, buscan los cuerpos inertes y heridos que lanzan lastimeros quejidos, caminan con antorchas encendidas entre el zacate y la tulería que crece por donde corre el agua. Los cuerpos de los cristeros muertos son tratados con desprecio; cuando encuentran uno, pronuncian ofensas o le dan una patada.

Cerca de las once de la noche, cuando el cielo está plagado de brillantes estrellas que parecen bailotear, resuena el cuerno de los del gobierno, su sonido es triste, semeja lamentos o sollozos por los muertos que hubo; van cruzando el pueblo de Ixtlahuacán, su caminar es lento, pero el traqueteo de los cascos de las cabalgaduras resuenan al chocar con las piedras, algunos perros ladran, enjambres de murciélagos vuelan por todos lados haciendo una maraña en el aire y las gallinas chillan al sentir el frío de la muerte cerca. Varias mulas cargan cadáveres que van atravesados y zangoloteando las manos y pies al paso de la bestia; las rústicas viviendas permanecen cerradas y en penumbra, sin embargo, muchos pares de ojos ven ese desfile fúnebre por la calle principal de Ixtlahuacán, entre las sombras de la noche. Los soldados se pierden a la salida del pueblo, por el sitio llamado El Calvario. Más tarde cruzan por el dormido pueblo de Tamala y después por el

pequeño caserío de Jiliotupa para salir a Los Mezcales y de ahí a Colima.

Por otro lado, los cristeros se pierden en lo negro de la noche por el río Salado al norte del pueblo de Las Trancas en el municipio de Ixtlahuacán. Matazón sólo porque la gente tiene fe. El haberse provocado un remolino a la invocación de un cristero hacia la virgen milagrosa de la iglesia de Ixtlahuacán es un caso de misterio.



Sacaron al presidente del curato de Ixtlahuacán

Han pasado dos años de las jupias que se daban entre los cristeros y los del gobierno. La alborada se distingue en el horizonte tras la loma del cerro de La Mesa, muy cerca del rancho La Tabaquera; del otro lado del gran montículo azul están los caseríos de La Choque, La Vainilla y La Tepamera; al poniente se distingue la alta y añil cima del cerro de Tamala, que en ese momento se empieza a colorear con las pinceladas de amarillo y naranja de los primeros rayos del Sol.

La vieja iglesia del pueblo de Ixtlahuacán todavía no abre sus grandes puertas de madera, éstas se ven empolvadas y con telarañas; en los alrededores del templo hay zacate seco y basura que cae de la palma de dátiles que se encuentra cerca de la sacristía. Varias muchachas con sus alegres risas caminan en esta callejuela del pueblo, su largo cabello negro tejido en una o dos trenzas cae por sus frágiles espaldas, portan largas faldas hasta el tobillo y un jolotón adornado con dibujos y puntadas de flor de guayabo, espuma de mar, culebrilla, relines o flor de arroz, algunas llevan huaraches y otras caminan con los pies descalzos, se turnan para sacar agua del pozo con brocal de piedra que está por el lado derecho de la iglesia, se escucha el rechinar de la carrucha cuando jalan la cuerda que trae el cántaro lleno de agua.

La anticuada casona que hace las funciones de Presidencia está construida con pajarete y techo de zacate, tiene horcones de solocuahuil y tepemezquite, algunos ya ladeados o podridos, pues fueron puestos después de que se fundó el Primer Ayuntamiento Constitucional el 22 de enero de 1826. Los muros también están apolillados, es por eso que han iniciado los trabajos de remodelación de la Casa Municipal de Ixtlahuacán; entonces el alcalde, un hombre alto con el pelo que empieza a teñirse de blanco, resuelve instalarse en el curato del pueblo. Esta casona se encuentra al lado de arriba, nada más pasando la calle; la casa cural está solitaria, hace tiempo que no hay sacerdote que la habite, por eso el presidente municipal abrió uno de los cuartos, los policías le dieron una mediana barrida y pusieron una desvencijada mesa y dos sillas de madera. Ahí se sentó el gobernante a esperar que alguna persona se acerque para atenderla.

Los aldeanos hacen muchos comentarios, están celosos y critican el porqué se metió sin permiso el presidente y sus policías al curato.

Una tarde, cuando el viento sopla y levanta polvaredas que cubren el caserío de Ixtlahuacán y el cielo azul está manchado por algunas nubes negras que presagian tormenta, doña Gertrudis Delgado, a quien todos conocen como Tulita, una anciana que la mayor parte de su vida ha estado ayudando en trabajos que se relacionan con la iglesia, presidenta de la Unión Femenina Católica Mexicana (UFCM) del lugar, y persona muy respetada, se reúne con las señoras Cesaria Cruz, Rosa Lucas, madre de Leocadia Bautista, e Ignacia Ruiz.

—¿Cómo ves, Cesaria?, el presidente nomás se jué metiendo al curato y no le pidió permiso al pueblo.

—Pos ta mal Tulita, porque allí no es del gobierno, esa casa es pa los curas, pa que allí se queden a dormir.

—Pos ¿qué se está creyendo el presidente?, ¡con muchos trabajos hicimos el curato!, pa que hora nos lo quiera quitar —dice doña Nacha Ruiz, enojada.

—Pos dicen que no se quiere salir el condenado —comenta doña Tula.

A partir de esa plática comienzan a hacer reuniones con las señoras del pueblo y en una semana ya no cabe la gente que ahí se reúne; después de tanto platicar llegaron a un acuerdo.

—Ta güeno compañeras —dice Tulita—, ¡pos no vamos a permitir que siga en el curato el presidente!, porque después va decir que el curato también es del gobierno.

—¡Hay que sacarlo! ¡Sí, hay que sacarlo! —gritan las mujeres reunidas.

Doña Tula comenta:

—Miren señoras, el presidente no está solo, tiene dos polecías y si tira un balazo a alguna de nosotras, se le dejan ir encima las demás a no dejarlo que siga disparando y otras a los polecías.

Llega el día escogido para sacar al presidente. A media mañana, doña Tula está afuera del atrio de la iglesia y a los pocos minutos comienzan a llegar las demás señoras, unas llevan garrotes en la mano, otras machetes rabones, aquellas cuatro traen cuchillos; en poco tiempo se hace grande el grupo de comadronas, las que acaban de llegar traen un costalillo de arrial lleno de piedras. Es impresionante ver a ese montón de mujeres listas para pelear, en sus rostros se dibuja el coraje y la decisión, van resueltas a luchar por lo que les pertenece: el curato. Comienzan a caminar, todas saben lo que tienen que hacer, el Sol quema intensamente como queriendo ayudar a esa tropa de atrevidas mujeres ixtlahuaquenses.

Mientras tanto, en el curato, se encuentra el presidente municipal, como siempre soberbio, con su carrillera cubierta de cartuchos y pistola de cilindro fajada en la cintura, platica con su secretario que escribe con una pluma de gallina que constantemente moja en un tintero de plata; los dos policías que vigilan afuera se sorprenden al ver llegar al grupo de señoras, quieren cortarles el paso preparando sus rifles, pero ellas no los respetan y se meten al salón donde está el presidente, éste al verlas, muy valiente saca su pistola, las amenaza y grita enojado:

—¡Se me salen, bola de viejas argüenderas!

Pero doña Tula, que va adelante, responde:

—¡No es argüende el que trayemos Vitoriano!, ¡queremos que te salgas del curato con tu presidencia! ¿A quién le pedites permiso?

—No tengo por qué pedir permiso a naiden de lo que hago.

—¡Pos tequivocas!, porque esta casa es del pueblo y es pa cuando vengan los curas —responde doña Cesaria con su machete en la mano.

El presidente y los policías están rodeados, los garrotes tiemblan en las manos de las mujeres y aprietan las piedras con fuerza; su actitud es amenazante, el contingente es numeroso, todas armadas, muchas en el corredor todavía, nomás esperando la orden para entrar. Doña Tula dice decidida:

—¡Mira Vitoriano! ¡Semos munchas!, puedes matar unas pero las otras te van a dar también, de aquí no sales vivo; además, venemos en nombre de la Virgencita Milagrosa.

El presidente mira a su alrededor, aquellas mujeres están decididas a morir, si se requiere, en nombre de la Virgen Milagrosa; mira los machetes, los cuchillos, las piedras y garrotes listos para la pelea. El gobernante ixtlahuaquense no quiere comprometerse, lentamente se faja la pistola, ordena a los policías que bajen sus armas y dirigiéndose a las mujeres, dice:

—¡Ta bien Tulita!, me salgo de aquí, nomás denme unos días pa buscar otro lugar.

—Ta güeno Vitoriano, así quedamos, quédate unos días, pero después te sales.

Fue de esta forma como un grupo de señoras del pueblo de Ixtlahuacán se enfrentaron a un mandatario de recio carácter a quien sacaron del curato, un acontecimiento en el legendario pueblo de Ixtlahuacán de los Reyes, Colima. Un caso de misterio, pues dicen que después de que se arregló el asunto, se escucharon las campanitas que trae la peana de plata de la imagen de la Virgen Milagrosa, tal vez ella ayudó a solucionar este problema.



La manda de ir a Talpa

Esa madrugada, en los últimos días de agosto, si bien me acuerdo, fue entonces cuando tu nacites, en la casa de zacate de doña Trini; ¡allá!, casi a la orilla del pueblo muy cerca de donde había un arroyo, en esos lugares solos donde los duendes y las viejas agarran a los muchachos malcriados que por ahí se van a jugar sin permiso. Sí, hijo, tú nacites enfermito, apenas tenías cinco días y estabas llore y llore, y aquí en el pueblo de Ixtlahuacán no había dotor, sólo estaba la botica de don Chevio, pero ese día, pa acabarla de joder,

estaba cerrada. Nosotros, desesperados y sin poder dormir, te abrazábamos y te dábamos remedios de yerbajes, a ver si te calmabas. ¿Sabes?, no hubo más que llevarte a Colima en el único carro que había en ese tiempo, el de don Lucio Contreras “El Borrego”, como todos le decíamos. Cuando nos subimos al carro tú seguías llorando y la gente decía:

—¡Ese niño no va a llegar vivo a Colima!, ¡se va morir en el camino!

Te apretaba contra mi pecho, sentía ganas de llorar contigo, el camino se me hizo largo, pues el camión salía de un pozo y caía a otro, las ramas raspaban los lados del carro, el ruido parecía consolarte y la polvareda quería alcanzarnos como si nos quisiera ayudar con la pena.

Cuando llegamos a Colima paramos a un lado del jardín Núñez, yo iba muy desesperada y, corriendo, te llevé con el primer médico que encontré; me vio a través de sus lentes que parecían nalgas de botella; no habló, ni saludó siquiera, tampoco te destapó pa revisarte, se metió y volvió con un frasco de pastillas verdes y grandes, me las entregó y me dijo que eran cinco pesos. Te abracé y salimos a la calle Real, tú llorando y yo tratando de consolarte, yo estaba parada en la banqueta sin saber pa dónde ir ni qué hacer, la gente a veces me empujaba pa que me quitara. Entonces llegó una señora y con voz suave y dulce me dijo:

—¿Está malito el niño?

—¡Sí! ¡Tiene desde ayer y no se puede consolar! —le contesté sin mirar.

—¿Ya lo llevó con el médico? —me dijo.

—Sí y me dio estas pastillas.

Las vio y dijo:

—¡No!, ¡cuándo se las va a tragar el niño! Mire señora, llévelo con el especialista de niños, está tres cuadras para arriba.

—¡Gracias, señora!, lo voy a llevar, quien quita y se alivie mijo.

En ese momento ni me acordé si traía dinero, sólo corrí pa donde me dijo la señora. Cuando llegué al consultorio había dos señoras esperando turno, pero al ver que te ponías morado de tanto llorar me dejaron pasar, luego luego entré con el médico, él me saludó y con voz calmada dijo:

—¿Qué le pasa al pequeñín?

—¡No sé dotor!, está llorando desde ayer y no se consuela con nada.

Te revisó mientras tú seguías retorciéndote de dolor, te tentó tu pancita y dijo calmadamente:

—¡Ah, está fácil este problema! Son cólicos los que trae el niño. Pero ahorita lo solucionamos.

El médico buscó entre sus frascos y sacó unas pildoritas rojas chiquitas; te puso una en la boca y tú rápido la tragaste, me dijo que esperaríamos afuera un rato para ver cómo reaccionabas. Al poco rato te quedates dormido, cansado de tanto llorar, el médico te revisó otra vez y dijo:

—Ya puede irse señora, el niño ya está bien, sígale dando las pildoritas cada cuatro horas.

Cuando llegamos a Ixtlahuacán tu papá nos recibió triste, sólo te esperaban para enterrarte, él se había quedado cuidando a tu mamá, porque estaba recién aliviada de ti, por eso fue que yo te llevé a curar a Colima; ellos pensaban que no ibas a vivir, pero cuando te vieron risueño, hasta lloraron de alegría. Tu papá te abrazó contra su pecho, unas lágrimas se asomaron por sus ojos y sin que pudiera detenerlas cayeron hasta el suelo. Dijo que había hecho una manda a la Virgen de Talpa y que si no te morías, te iba a llevar para que te viera y le dieras las gracias.

Lo anterior fue lo que me contó mi abuela Leocadia, ella ya no está, murió hace algunos años y descansa en el panteón de Ixtlahuacán. El tiempo ha pasado, ha volado convertido en años, estoy casado, tengo familia y un primer hijo varón, no había podido ir a Talpa para cumplir la promesa que hizo mi padre con la virgencita; confieso que ya estaba contagiado del mundo moderno, no creía en los milagros y me estaba olvidando de Dios. Sin embargo, seguía escuchando comentarios de las maravillas que hacía la imagen milagrosa de Talpa.

Un día de febrero me informaron que pronto saldría un camión a Talpa, para estar allá el diecinueve de marzo, justo cuando sacan la imagen en procesión; no supe cómo, pero le dije a don José Diego Ramírez, encargado del carro, que me apartara una banca para hacer ese viaje; les comuniqué en mi casa la idea, todos se pusieron felices y mi padre dijo:

—Yo tengo que ir contigo, porque yo hice la manda de llevarte con la Virgen y no quiero morirme sin haber cumplido con eso.

—Está bien —contesté.

La fecha llegó, los relojes marcaban las seis de la tarde, la gente pasaba por las calles con sus bolsas, chamarras y abrigos, así como con pequeños bultos con lo más necesario para el camino, el camión estaba listo en el jardín, poco a poco se fue llenando; mi padre, mi esposa, mi hijo y yo ocupamos nuestros lugares, el Sol apenas sacaba media cara tras el cerro de Tamala, no se quería ocultar sin ver la partida de los peregrinos. En la salida del pueblo, justo en el sitio que llaman El Calvario, todavía algunas personas nos dijeron adiós agitando sus manos, nosotros les contestamos el saludo agradeciendo sus buenos deseos.

Llegamos a Colima con las primeras sombras de la noche, aunque todavía se observaba la claridad del crepúsculo rojizo que pintaba unos fragmentos de nubes flotantes en el poniente; las calles de la ciudad ya habían encendido sus luces y pronto salimos con rumbo a Jalisco. Cerca de las nueve de la noche comenzó el camino a descender, se tornó serpenteante, allá abajo, en un paraje que hace la oscura barranca se vislumbraban las luces y el caserío del pueblo de Atenquique; el camión bajó lentamente, pues por la derecha está el voladero y por la izquierda el paredón del cerro cortado a tajo. Al bajar por completo el sinuoso camino, pasamos muy cerca de la fábrica de papel, se escuchaba el rugir de los motores semejando furiosos leones enjaulados, emergían altivos dos enormes chacuacos que desahogaban la furia de las grandes máquinas, dejando escapar negras columnas de

humo que se confundían con la noche y parecían querer alcanzar la dorada Luna que iluminaba el lugar.

Después llegamos a Cuatro Caminos, aquí dejamos la carretera que conduce a Guadalajara para internarnos en la sierra por las faldas de los helados volcanes. A esa hora sólo se distinguían sus negras siluetas que parecían cobijadas por el manto estrellado del firmamento; el viento frío jugueteaba con los enormes pinos.

La mayoría de los peregrinos que iban en este viaje dormitaban, todos cobijados, algunos con sus chamarras, otros con sus ponchos o algún gabán. Pronto dejamos la sierra, el camión pasó la desviación que conduce a Ciudad Guzmán, luego nos internamos por el pueblo casi dormido de Tonaya, donde se fabrica el exquisito y oloroso vino extraído del mezcal. Como a las doce de la noche llegamos a un lugar llamado La Unión de Ostula, donde el chofer cargó combustible. La mayoría de los que íbamos nos bajamos un rato para estirar los pies, el frío calaba hasta los huesos y las quijadas sonaban. Compramos un café caliente en una fonda donde unas mujeres echaban tortillas que se inflaban en el comal, el hambre nos llegó, mi mujer y mi hijo salieron del carro para saborear los exquisitos alimentos.

Continuamos el viaje, yo no podía dormir, tal vez por la emoción de andar en otros lugares y por conocer la imagen de la famosa Virgen de Talpa. Finalmente, en la madrugada, mis ojos fueron vencidos por el sueño. Cuando desperté, los primeros rayos del Sol penetraban como filosas espadas que rasgaban el manto frío que impera en esas barrancas y llanuras; se puso a la vista el principio de la empinada cuesta de La Cruz de Romero, el suelo es reseco y era la señal de que estaba próximo el poblado de Talpa; una multitud

caminaba lentamente, los peregrinos parecían deslizarse por este polvoso camino, cargando sus pocas pertenencias, sucios, con los pies hinchados y llenos de polvo iban apoyados en un pedazo de palo que les servía de bastón. A la orilla del camino se observaba un grupo de gente calentándose alrededor de una fogata, mientras otros ensillaban sus caballos y burros para seguir adelante y llegar hasta la iglesia de Talpa, donde está la venerada imagen.

La piedad emerge desde lo más hondo del corazón al observar a personas añejas caminando lentamente por la cuesta de La Cruz de Romero, muy cerca de Talpa. No hablan, su mirada siempre hacia adelante, con la esperanza de pronto estar a los pies de la milagrosa imagen que les hizo una maravilla.

Una larga hilera de carros iba pesadamente por la sinuosa cuesta produciendo nubes de polvo entre las cuales nosotros nos confundíamos. Subimos la última curva, estábamos en la cima, al lado de una gran capilla bañada por los rayos del Sol: La Cruz de Romero; nombre que había escuchado tantas y tantas veces de quienes en otras ocasiones fueron a Talpa. Estaba en ese lugar, incrédulo, mirando las interminables columnas de peregrinos, unos que se iban y otros que llegaban desafiando el cansancio, la distancia, el frío, la sed y el hambre, teniendo como cama el suelo y como cabecera una piedra o un pedazo de palo; para todos sólo existía el deseo de contemplar la venerada imagen de la Virgen del Rosario de Talpa, Jalisco, qué importa si llegaban con la ropa llena de tierra, o rasgada por las espinas del camino, con los pies ampollados y la boca reseca; llevaban consigo el perfume de las flores del campo que los acariciaban al pasar entre ellas y el corazón limpio como las cristalinas aguas que corren por cualquier barranca de esa región.

El carro empezó a bajar lentamente por aquellas curvas peligrosas, el abismo se distinguía a un lado y el paredón por el otro; luego, como un espejismo, el legendario pueblo de Talpa, las blancas cúpulas de las torres de la iglesia, lugar añorado por los peregrinos, los rojizos techos de teja de barro del caserío, en las calles había grandes filas de autobuses de distintas partes de la República Mexicana. La gente que llega caminando corta terreno atravesando barrancas, desfiladeros, potreros con cañizos, con el suelo reseco y agrietado o en sitios boscosos donde imperan las aves canoras con sus distintos colores y trinos, con tal de llegar pronto a su destino.

Bajamos del vehículo y nos internamos en las calles, los peregrinos cruzaban de un lado a otro, la algarabía era grande; más adelante, bajo los corredores de las casas que dan a la calle, encontramos mucha gente aún dormida en el piso y cobijados hasta la cabeza, tuvimos que pasar por encima de ellos, se observaban muchas mujeres peregrinas sentadas en el suelo, cocinando en sus braceros portátiles, las cazuelas chillaban con la manteca y la carne que se guisaba y ¡mmm!, me llegaba el aroma rico de la comida; luego de recorrer tres cuadras llegamos al jardín en donde se levanta majestuosa la iglesia de Nuestra Señora de Talpa construida en su mayoría de cantera; antes de entrar al templo, tuvimos que rodear algunas danzas que ejecutaban sus mejores coreografías, lucían sus brillantes y coloridos vestuarios. Una multitud por doquier, a puros empujones fuimos entrando a la iglesia, que no es muy amplia; llegamos hasta el barandal de madera que impide alcanzar el altar mayor, en donde tiene su trono majestuoso nuestra Madre de Talpa. ¡Aquí estoy!, en compañía de mi familia, mi mujer, mi hijo y mi padre que me quiso llevar con la imagen de la virgencita para cumplir su promesa que hizo hace varios años atrás; hasta entonces comprendí quién es la Virgen de Talpa, y por qué aclaman a

ella los necesitados, los que sufren, los que lloran, los enfermos, etcétera. Ella es el consuelo, la paz, la salud, la riqueza, lo es todo, hasta entonces lo supe. Con los ojos llenos de lágrimas miré a mi esposa, ella me comprendió y me abrazó, suspiré, mi corazón duro como la roca se había abierto y dejaba entrar la fe que había perdido. Cuando salimos al atrio del santuario, donde un viento nos refrescó y respiramos el agradable aroma de los famosos chicles de Talpa, nos acercamos a uno de los numerosos puestos y compramos rollos de dulce de guayaba, luego nos dirigimos a la ermita de Cristo Rey, enclavada en una colina, subimos a la cúspide y desde ahí apreciamos el pueblo y valle de Talpa, a lo lejos se observan los cerros cubiertos de pinos, celosos vigías que guardan el lugar de la morada de la imagen de la Virgen Milagrosa.

Después de comer salimos de Talpa, los relojes marcaban las cuatro de la tarde y nuestro carro dejó atrás la cuesta de La Cruz de Romero para llegar al cerro de La Campana, este impresionante montículo tiene a la mitad un agujero excavado en la pura roca y por ahí brota un manantial de agua cristalina. Llegamos, en poco tiempo, al sitio llamado Talpita, lugar donde la tradición marca que se apareció la imagen de la virgen en una piedra; en una loma cercana se divisan dos impresionantes hileras de piedras que con un poco de imaginación se distinguen que son danzantes; un señor que iba cerca nos comentó que esa formación era la danza que se arrepiñó.

—¿Cómo? —le pregunté.

—Eran unos danzantes que hicieron la manda de ir bailando desde su pueblo hasta Talpa para ver la virgen; pero se cansaron y dijeron que ya habían cumplido con llegar a

Talpita; al dar la vuelta para regresarse se convirtieron en piedra.

Miré incrédulo mientras el carro seguía avanzando. “¿Será verdad?” pensé. “¡Sí!, ¡sí tienen figura humana, se les distinguen las coronas y las capas parecen que les vuelan, el giro que dieron es hasta la mitad, antes de petrificarse por el castigo”.

—Dicen que cada año crecen, y su escarmiento terminará hasta que ellos vean la iglesia de Talpa, hasta entonces cumplirán su penitencia y volverán a ser humanos —concluyó el hombre.

El carro siguió avanzando, aún no se me borraba la idea de los danzantes castigados, cuando de pronto el anciano comentó:

—Ahí está el espinazo del diablo.

Dirigi la mirada hacia el sitio que me señalaba y apareció ante mis ojos un cerro alargado, sin ninguna vegetación, de pura piedra. Se distinguen riscos que semejan espectros deformes del averno, seres sometidos al tormento y hasta parece que tienen muecas de dolor. Ahí sólo viven las serpientes venenosas, alacranes, avispas y arañas venenosas como la viuda negra, ahí sólo reina la muerte. Cuenta la tradición que, en ese lugar, en algunas noches oscuras, se ve saltar un bulto negro encima de las filosas piedras, las gallinas de los pueblos cercanos comienzan a chillar y los perros lanzan sus agudos aullidos presintiendo algo desconocido, dicen que es el diablo que se encuentra enojado porque los peregrinos siguen visitando la imagen de la Virgen de Talpa.

Apenas habíamos dejado atrás el espinazo del diablo, cuando don Agustín Galván, el señor que me había contado las historias pasadas, me dijo:

—Ya vamos a llegar a la piedra de los compadres.

—¿La piedra de los compadres? —pregunté.

—Sí, ¡mira, ahí está! —volvió a decir don Agustín.

Ante mis ojos se extiende un árido potrero donde yace una gigantesca piedra de forma alargada como si se tratara de un bulto humano, por la mitad corre una línea que divide al pedrusco en dos.

—Dicen que hace mucho tiempo —me cuenta el hombre— dos compadres, una mujer y un hombre, iban de peregrinos a cumplir una manda; una fría noche se dispusieron a descansar en el sitio donde está la piedra y sin más ni qué, empezaron a hacer el amor, luego, al querer levantarse se quedaron convertidos en piedra; fue castigo de la virgen, por no respetarse como compadres.

—¡Qué bárbaros!, estuvo feo esto de los compadres —comenté.

Pasamos por diversos pueblitos y tiempo después me dio mucho gusto vislumbrar de nuevo los majestuosos volcanes de mi Colima querido, recibimos el aire fresco, los pinos se mecían con un vaivén que parecía darnos la bienvenida a nuestra tierra.



Las agujas marciales de Ixtlahuacán

Apenas inicia el siglo XX en el pueblito de Ixtlahuacán, caserío que descansa escondido entre cerros que lo resguardan celosos; donde la mayoría de los pobladores hablan la lengua náhuatl o mexicana, habitantes que mantienen vivas sus costumbres, llenas de fe, devoción y respeto; donde las mujeres conocen muchas plantas medicinales y saben cocinar las tortillas de maíz negro; aquí se acostumbra comer chococos, pececillos negros que abundan en las lagunas de Alcazahue y Amela, y qué decir de los ticuices, cangrejos

que salen de la arena, con la primer tormenta, de las playas del mar de Ixtlahuacán. Los hombres saben cuándo cortar la madera en Luna sazona, esto para que no se apolille pronto; conocen cómo tejer los techos de las casas de zacate y en las siembras sus conocimientos son vastos.

Don Valerio, un anciano del pueblo, camina despacio, con su pelo adornado por la blancura del tiempo, ese don que sólo Dios concede a las personas que han acumulado sabiduría y el respeto de la gente. Don Valerio conserva muchos secretos de los antiguos ixtlahuacenses; uno es saber elaborar las agujas marciales.

Es Viernes Santo, apenas se nota la aurora en el horizonte, todavía chispean algunas estrellas en el cielo y el esplendoroso lucero aún se mantiene como un diamante incrustado en el cielo, de lejos se distingue la vieja iglesia de techo con teja de barro cocido y paredes de pajarete, enjarrada con mezcla de cal y arena; en el interior, las imágenes de los santos están de luto, permanecen cubiertos con telas moradas, y dividiendo el altar del resto de la iglesia hay una cortina de ramas verdes de cóbano con tres cruces figuradas con cocos, recordando el lugar donde crucificaron a Jesús hace muchos años. La gente es respetuosa de los actos que se realizan en este día; los ancianos dicen que es un día grande, que los tesoros y encantos están abiertos porque el diablo que se ha apoderado de ellos se encuentra alejado por la muerte de Jesús. Las mujeres no tortean ni lavan la ropa ni siquiera se bañan porque pueden convertirse en peces, no comen carne pero preparan capirotada (pan blanco endulzado, con cebolla, jitomate y queso).

Dicen los viejos que este día la gloria está cerrada, porque Dios padre no quiso ver cómo los mortales hicieron sufrir y

mataron a su hijo, no repican las campanas desde ayer jueves, sólo llaman a los actos con una matraca.

La gente se concentra en la iglesia, las mujeres con la cabeza cubierta con rebozos de barba, los niños, algunos descalzos, aferrados de la enagua de su mamá, los señores con la cabeza descubierta. Suena la corneta conservera, surge de ella un canto que parece de dolor; se escucha el marrullero sonido de la ladina chirimía como si fueran lamentos, retumba la ronca cantilena del empolvado tambor y la vieja matraca de madera de palo de alejo estrella su seco rumor en las paredes de la añeja iglesia. Todos los feligreses están hincados en el piso de tierra, se oyen los rezos como blancas palomas que se elevan y se pierden en la nada; resuenan los afligidos cantos que dicen: "Perdón, oh Dios mío, perdón y clemencia".

Luego inicia el recorrido de la sentencia, un hombre, con el pantalón de manta doblado hasta la rodilla, sin huaraches y sin camisa, con la mano derecha amarrada al cuello con una sogá de ixtle y una corona de espinas en la cabeza, lleva cargando una gran cruz de madera; recorren algunas calles bajo el Sol quemante que parece enojado por la muerte de Jesús; un vientecillo cruza curioso en ese momento, refrescando los rostros de los parroquianos que asisten a la procesión; llegan a los altares que se encuentran en algunas esquinas adornados con flores naturales y alguna imagen de un santo, son las estaciones. El numeroso grupo de habitantes de Ixtlahuacán avanza por las polvorientas, estrechas y torcidas calles del caserío hasta llegar al calvario, un sitio que está a la entrada al pueblo por el lado poniente y luego continúan hasta llegar a la iglesia de donde partieron.

En esta ocasión don Valerio, aunque es católico, no asistió a estos actos, está en su casa de zacate sentado en un equipal,

en sus manos sostiene una vara de corazón de cedro, la está limando con un filoso cuchillo, luego, hace cuatro partes del pedazo de madera, de su desdentada boca brota un susurro, son oraciones; luego corta dos pedacitos de la madera de seis pulgadas de largo y otros dos de seis y media pulgadas, toma una de cada medida y con tranquilidad les hace una ranura en uno de los extremos, a cada rato las mide y las coteja, quiere que las dos se entrelacen en sus respectivas grietas; son la agujas marciales, objetos misteriosos que deben comenzar a elaborarse un Viernes Santo y deben terminarse hasta el otro año, justo ese día.

Ha caído la tarde, don Valerio ha terminado las dos primeras agujas; a la más chica, le marcó una crucecita en el costado izquierdo y a la otra al frente, a cinco centímetros de la hendidura, cuando se entrelazan quedan los dos símbolos a la vista. El anciano se levanta trabajosamente, toma las dos agujas que ya terminó y las otras que sólo son trocitos de madera y las esconde en donde sólo él sabe.

Llegan las lluvias, los cerros que vigilan el poblado enverdecen, muchos habitantes siembran maíz, calabazas, maicillos y bules en sus desmontes y barbechos, los constantes aguaceros ensucian el transparente vestido del río Salado y los moradores atrapan chacales con sus trampas de carrizo. En agosto viene la sequedad, es la canícula, a la gente se le infecta fácilmente cualquier herida o piquete de zancudo, los gusanos y chapulines devoran las milpas y el monte cercano; los que sembraron, ven angustiados sus cultivos, donde se divisan sólo varijones torcidos de las agonizantes milpas, los desesperados sembradores atrapan algunos gusanos y los llevan con el clérigo para que los bendiga, los regresan a los potreros y los distribuyen alrededor del moribundo sembrado para que termine la peste.

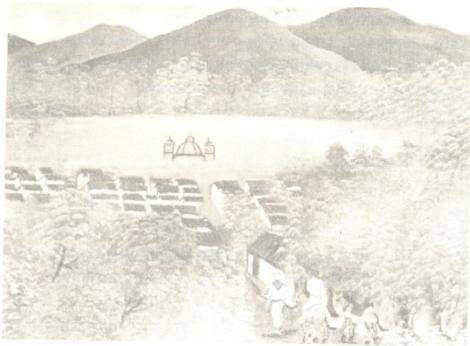
Transcurre el tiempo, en las noches de diciembre, el pueblo se ilumina con lazos de faroles de carrizo que cruzan las encorvadas calles de Ixtlahuacán. En enero se lleva a cabo la fiesta de Los Chayacates, donde los indígenas dan rienda suelta a su devoción.

Es otra vez Semana Santa. Las ancheteras (señoras comerciantes) se avistan con sus burros cargados de cosas como hamacas de acapán, encaladillas de maíz tostado, mezcaltamales de pinole, tamales de ceniza y de ciruela, servilletas, manteles, almohadones bordados con punto de cruz, espuma de mar o la flor de guayabo, van en cortas caravanas rodeando la laguna de Alcu zahue con rumbo a Tecomán.

En el pueblo de Ixtlahuacán el caserío se ve tranquilo, los moradores tratan de no realizar labores, excepto lo más necesario; nadie sube en caballo o burro porque dicen que montan a Jesucristo; si los muchachos cometen alguna travesura, sus padres no les dan ninguna reprimenda ese día y se la guardan para el Domingo de Resurrección. Desde el Jueves Santo, por la madrugada, un grupo de personas cuelga a un muñeco en una rama del capire que sembraron junto a la iglesia, es Judas, el discípulo de Jesús que lo traicionó y lo vendió por treinta monedas; el Sábado de Gloria pasearán a este monigote de zacate en burro por las calles del pueblo para recolectar dinero para su quema el Domingo de Resurrección.

Es Viernes Santo, hace un año, don Valerio empezó a fabricar las agujas marciales. Bajo la ramada de palapa de aquella choza, el anciano está sentado en una vieja hamaca de acapán que cuelga de dos horcones, un solitario perro blanco está enroscado y dormido a un lado de él. Son las once de la

mañana, justo cuando se cree comenzó el recorrido de Jesús cargando la pesada cruz. Don Valerio, quien sobre su encorvada espalda carga ya cien años, reinicia la fabricación de las agujas marciales, sigue recortando y midiendo, no cesa de rezar en tono bajo. Cuando empieza el afligido crepúsculo, es cuando termina su labor, tiene en sus manos las cuatro agujas marciales, y de su desdentada boca surgen un suspiro y una sonrisa de satisfacción, sus ojos brillan de alegría y dice: "Gracias Dios mío, por haberme dejado fabricar estas agujas que servirán para encontrar tesoros".



Viaje a la laguna encantada de Ixtlahuacán

La tarde agoniza, el Sol amarillento apenas se distingue entre la maraña de algunos árboles en una calle polvorosa del pueblo de Ixtlahuacán. Los zanates, pájaros enfundados en su vestimenta negra, hacen algarabía al revolotear en grandes parvadas de un lado a otro como queriendo alcanzar los coloreados pedazos de nubes que adoran el azul firmamento. Afuera de una casa están dos señores sentados en sus equipales tejidos de sicua de árbol de guásima; uno es Secundino Mariscal, don Cundo, hombre que trabaja para el

rico de Tecomán don Rogelio Gallardo; el otro es don Andrés, anciano de cien años, también del pueblo de Ixtlahuacán de los Reyes, Colima, un perro blanco manchado de negro dormita al lado de ellos, hecho bola en el suelo. Se escucha la amena plática de don Andrés diciendo:

—Sí, Cundo; yo trabajé con un ricachón de aquí de Ixtlahuacán, le decían “El Cuajote” por mal nombre, un señor de buena estatura, moreno, de pelo canoso, usaba sombrero colimote, no vestía muy bien aunque tenía muchos centavos, era dueño de un rancho con muchas vacas allá por Chiquihuislán, yo era de su confianzas. Además, tenía varias casas en Tecomán y una fonda en el mercado, a un lado de la plaza de *Los tres chorros*, donde está la fuente de piedra con una cara figurada a la que le salen tres chorros de agua, del lado de abajo de la iglesia; allí vendía pozole, sopitos, ponche y rompopé. Siempre traía vendada una pata, me dijo que tenía un grano quesque no se le aliviaba, así lo conocí; ya tiene años que murió y su riqueza ni supe cómo se acabó.

—¿Así que era rico el viejo? —preguntó Cundo.

—Sí, Cundo. Una vez me pasó algo misterioso, no se le ocurrió al viejo decirme una tarde: “Tengo una chamba pa ti Andrés, ora en la tarde agarras tres mulas, las ensillas y te vas a la laguna de Alcuzahue, me esperas en el guamuchilón que está a la orilla de la laguna, el que tiene las raíces salidas y que se meten al agua.

—Ta bien —le dije, y me fui montado en una bestia con las otras dos jalando. La tarde caía, algunos rayos del Sol todavía pintaban el despeñadero del cerro de Chamila, pasé por Tamala todavía de día y me juí con rumbo a la laguna.

—¡Así que te juites pa la laguna, Andrés!

—Sí, Cundo. Me fui chiflando por la vereda, allá lejos me alcanzaron las primeras sombras de la noche, pasé la mojonera de La Cruz Gorda, allí donde los indígenas arreglaban sus asuntos, donde es la división de los terrenos de Tamala. Casi al llegar al lago cantaban los grillos y los tecolotes parecían burlarse de mí; otra cosa que oí también fue el pájaro campana, dicen que habita en el cerro de la laguna y es un animal raro que no se deja ver, sólo se escucha su canto como si fueran campanadas en la iglesia, muchos dicen que es el encanto, pero no, es un pájaro, a pocos les ha tocado verlo; yo lo encontré por casualidad, estaba entre las ramas de una higuera, como ya estaba oscureciendo, no vi bien de qué color era, me asustó cuando cantó como campana. Los cabellos se me pararon y un escalofrío me recorrió el cuerpo; luego, cuando vi que era el pájaro campana, me dio gusto porque no lo había visto antes. Ya te digo, lo vi de un ratito, como una pasadita nomás, es un pájaro grande, como si fuera zopilote. Seguí caminando bordiando la laguna, se oía el croac, croac de las ranas en el agua, pa ese rato ya estaba oscuras. Llegué hasta el guamuchilón donde me dijo el patrón que lo esperara, me bajé de la mula y amarré a las tres pa que comieran un rato. Me senté en una raíz, ahí estuve un buen tiempo y no llegaba, pensé que tal vez me había engañado este viejo cabrón. Allí seguí, de vez en cuando aluzaba con mi linterna de carburo. Estaba oyendo el aullido de un coyote en el barbecho, al otro lado de la laguna, cuando llegó el patrón y me dijo: “¿Tabas desesperado porque no llegaba, Andrés? Tuve que hacer otras cosas, por eso me entretuve, pero ya estoy aquí. Ora, súbete a la mula y jala las otras, te voy a tapar los ojos y te destaparé cuando sea la hora”.

Con los ojos vendados con un paño rojo, oí que dijo: “¡Arre mulas!” Los animales comenzaron a caminar y caminar y yo con los ojos tapados, como me dijo el patrón, le tantí que serían como cinco minutos los que transitamos, luego me dijo: “Te voy a quitar el trapo, Andrés”. Cuando abrí los ojos mi sorpresa fue grande, estábamos en una ciudad, entonces pregunté: “¿Qué pueblo es éste, patrón?” Me dijo que no preguntara y lo siguiera, y vamos pa dentro, él caminando a pie delante de mí y yo montado en la mula y jalando las otras; vimos que pasaban coches de esos antiguos pintados de negro y lo más curioso era que se paraban pa que pasáramos; había mucha gente, ni cuenta se dan de nosotros. Llegamos a la plaza principal, con un kiosco raro y desconocido pa mí, yo nunca había visto uno como ése; allí cerca había un árbol grande con buena sombra, el patrón me dijo: “Quédate aquí, debajo, y no te salgas de la sombra, hasta que yo venga. Si me desobedeces puede pasarte algo malo.”

Me quedé sentado debajo del palo y no salí para nada; desde ahí veía un mercado con mucha gente comprando; al lado una vieja iglesia, sus dos torres se alzaban majestuosas con sus cruces de fierro enmohecido que parecían querer alcanzar el azul cielo. Busqué el Sol para tantear la hora, pero no lo vi y me pregunté: “¡Bueno!, ¿Qué no hay sol aquí?”, estaba iluminado por donde quiera pero no veía el Sol, pensé que estaría tapado con algún cerro grande. Estaba en eso cuando regresó el patrón y sin entrar a la sombra donde estaba sentado, me dijo: “Sal de allí y si quieres puedes conocer la ciudad mientras yo arreglo un asunto”.

Él se perdió por entre la gente y yo me aseguré que las mulas estuvieran bien amarradas para que no se fueran a escapar y luego me fui al mercado, me llamaron la atención los

comercios y la algarabía de los que vendían o compraban; las verduras se veían frescas y recién cortadas, las sandías presumían su color rojo en rebanadas sobre las mesas, las abejas merodeaban para llevarse el dulce para sus colmenas; vi unas mujeres torteando, las tortillas recién salidas del comal se me antojaron, compré un puño y las eché a mi costalillo de arrial; más delante, me topé con un puesto de pan, me llegó el olor y compré unos bonetes, desos redondos muy esponjaditos y con canela. Seguí recorriendo el mercado observando el ir y venir de la gente, mis pasos fueron a dar a una carnicería, se me antojaron unos tasajos de carne pa asar, los merqué también y los eché a mi costalillo. Luego me acordé de mi patrón y me apresuré a encontrar el sitio donde había dejado las mulas; apenas llegué, él también lo hizo y me dijo: "Desata los animales y sígueme".

Sin decir nada, caminamos por unas calles hasta que llegamos a una casa elegante, de puertas y ventanas con enrejado de hierro enmohecido. Un hombre de cara pálida y seria, con traje negro, nos encontró y sin decir palabra me pidió los animales con una seña, éstos resoplaron tantito al acercarse el recién llegado, pero el patrón los tranquilizó acariciándoles la frente y me dijo: "Dale las mulas y acompaña me".

Entramos a la casona, se veía sola; los muebles de madera fina, aunque antiguos, estaban bien decorados; un sirviente cruzó frente a un gran espejo y éste no reflejó su figura negra. Llegamos a una habitación muy elegante; al entrar, me golpeó la cara un hedor extraño, no era agradable a mi nariz, se me figuró como azufre o hedor a zorrillo, no le di importancia. Sentí una leve ráfaga de aire frío que hizo estremecer las cortinas púrpura de la habitación, entonces apareció un hombre de porte distinguido, sus grandes y rasgados ojos lanzaban destellos, su nariz afilada estaba por encima de la

barba cerrada en candado, la chaqueta negra tenía botonadura que, sin duda, era de oro y un fístol de diamante que fulguraba a un lado de la solapa. Al verlo, mi patrón se encaminó hacia él, le hizo una reverencia de respeto; yo me quedé parado mirándolos, ellos entablaron una plática pero yo no entendía nada, puras borucas. Así estuvieron por unos minutos, que se me hicieron muchos; escuché unos pasos a mi espalda, voltié y vi al criado que nos había recibido en la puerta, pasó frente a mí sin tomarme en cuenta, se dirigió a ellos con voz cavernosa y ronca: "¡Ya está listo el encargo!"

Mi patrón se despidió y nos fuimos. Al salir de la casona descubrí que las mulas que traje jalando estaban cargadas con unos bultos negros.

"¡Vámonos!", dijo el patrón, me monté en la bestia y piqué espuelas; el patrón siempre me fue marcando el camino. Eché una mirada hacia atrás, a lo lejos se perdía la iglesia con sus torres de cúpula azul, palpé mi costalillo y sentí lo calentito de las tortillas y los panes que había comprado en el mercado y antes de salir de la ciudad.

Me dijo mi patrón: "Andrés, te voy a tapar los ojos".

Obedecí, él se encargó de arriar las mulas gritándoles palabras no muy gratas. Cabalgamos otra vez como unos cinco minutos, él mismo detuvo los animales y me destapó los ojos. Me tallé la cara, me estiré un poco y mi vista reconoció el lugar, ¡estábamos en el guamuchilón! Mi patrón asintió con la cabeza y me dijo: "Bueno, Andrés, te vas pa Ixtlahuacán con la carga y la dejás en la casa, allí te alcanzo".

Le di un chicotazo a la mula y piqué espuelas, jalando a las otras; cuando voltié hacia atrás, sólo descubrí la laguna de

Alcuzahue que resplandecía por la infinidad de alumbradores que se movían por doquier; las ranas seguían entonando sus cantilenas escondidas entre los tulares, se escuchaba el chapotear de los feroces caimanes que de seguro andaban cenando chopas. De vez en cuando resonaba el horripilante rugido de la onza y las risotadas de los tecolotes misteriosos me hacían encharcar el cuero y un escalofrío recorría mi cuerpo. Pasé por la mojonera de la Cruz Gorda donde dicen que hay un palo de cuajote donde el diablo se columpia, más adelante empecé a oír los ladridos de los perros del pueblo de Tamala, crucé muy cerca del camposanto de ese pueblo para agarrar el camino de herradura a Ixtlahuacán. Entré a la pedreguda y polvorienta calle, llegué a la casa de mi patrón y cuando me disponía a descargar las mulas, salió él a mi encuentro y me dijo sonriente: “¿Por qué te tardaste, Andrés?” Me sorprendí al verlo, ¡porque lo había dejado en la orilla de la laguna!

Descargué los negros bultos sin saber qué contenían, los guardé en un rincón y me fui a dormir a mi casa. Cuando amaneció me acordé de lo que había comprado, fui por el costalillo y metí la mano pa sacar las cosas; fue grande mi sorpresa cuando intenté sacar los panes, no estaban, en su lugar había mierda seca de vaca; metí la mano de nuevo para sacar las tortillas y sólo eran un puño de hojas redondas, de las plantas que crecen por encima de la laguna. Estaba espantado, no podía creer lo que estaba viendo; ¿y el tasajo de carne?, temerosamente busqué en el fondo del costalillo y ¡oh susto!, saqué una culebra que rápidamente aventé y cayó al suelo escabulléndose por la puerta. ¿Qué jué lo que me pasó?, ¿dónde estuve anoche? Nadie supo de esto, no les quise decir porque me iban a juzgar loco.

—¿A poco eso te pasó, Andrés? —dijo emocionado don Cundo.

—¡Por esta cruz que sí, Cundo! —contestó don Andrés, besando la señal de la cruz.

—¡No, pos sí está buena esa cosa que te pasó!

—¡No, y espera Cundo!, cuando se murió el patrón y lo estaban velando en la madrugada, un pájaro negro se metió hasta donde estaba el cajón y apagó con aletazos las cuatro velas que estaban alrededor; en ese momento, dicen que un toro negro mugió allá en las afueras de Ixtlahuacán, por el lado de la laguna y las vacas negras de los corrales brincaron las cercas y se fueron en tropel por el rumbo de la laguna encantada, dicen que el encanto se devolvió allí.

Ya oscurecía cuando se despidieron don Cundo y don Andrés.

El vaquero del Cuajote, un hombre encantado en la laguna de Alcuzahue en el municipio de Ixtlahuacán de los Reyes, Colima, un caso de misterio en esta tierra.



El brujo de Ixtlahuacán

Apenas nace el siglo XX en Ixtlahuacán, aquel caserío perdido entre varios cerros empieza a desamodorrarse lentamente, poco a poco se va iluminando con la aurora de la mañana, ahuyentando las últimas sombras de la noche. Las chozas son de techo de zacate, paredes de tejido de pajarete y enjarrado con lodo, las escasas callejuelas son torcidas y polvorientas, y en partes, partidas por arroyos que se llenan de agua cuando llueve, también emergen curiosas algunas blancas peñas que estorban el paso. Los hombres

lucen su piel requemada por el Sol, contrastando con su blanca vestimenta de manta.

En el pueblo, la mayoría de los ancianos hablan la lengua mexicana o náhuatl y bien se escucha cuando se encuentran dos y se saludan. "Cualli tlanesi" (buenos días). "¿Campa teau?" (¿para dónde vas?). Icata mostla (hasta mañana). Así se pueden oír las borucas de los más viejos.

Por el lado norte del pequeño pueblo de Ixtlahuacán vive una familia de nativos: don Leandro y doña Eziquia, personas muy católicas, no hay misa a la que no asistan; tienen un hijo llamado Gerardo, un chiquillo travasuriento y vivaracho que con cualquier motivo les tira piedras a las gallinas, marranos y todo lo que se le pone enfrente.

Por la tarde, llega una señora a la casa de don Leandro, lleva en sus brazos un niño que va llorando, el perro sale primero y con sus ladridos hace un escándalo, luego aparece don Leandro y saluda a la recién llegada:

—¿Qué se te ofrece Zeferina?

—Pos fíjate Leandro que mi muchacho está llore y llore ya rato y tiene una pata hinchada y roja, endenantes vino de andar jugando allá en el mojotal donde están los sombríos y llegó con calentura.

—A ver, deja mirar qué tiene. ¡Mmmm!, mira Zeferina, a tu muchacho lo agarraron las viejas, pero yo lo puedo curar, ¡pásate!

Entran a la casa y se acomodan en unos equipales bajo una ramada de palapa, don Leandro dice:

—Ahorita curamos al muchacho éste.

Acerca hojas de cacahuacán, de chile, tomatillo y tamarindillo, en un apaste con agua echa todas las plantas y hace una mezcla verdosa.

Doña Zeferina le pregunta.

—Oye Leandro, y ¿qué son las viejas?

Sin dejar de machacar las diferentes hojas dentro del apaste, Leandro comenta.

—Decían mis abuelos que son espíritus de personas que se murieron sin bautismo y por eso viven en la oscuridad. Güeno, pero yo lo voy a curar, no me entretengas.

Don Leandro prende una vela bendita y la pone cerca, luego le lava el pie al chiquillo con aquella agua verdosa, enciende un cigarro, fuma y a intervalos avienta el humo al pie del niño, cerca del tobillo; mientras el muchacho llora y se retuerce, el hombre reza:

—En el nombre del padre, del hijo y del Espíritu Santo, dejen en paz este cuerpo, tomen la luz eterna. Y descansen en paz.

Repite varias veces la oración y continúa echándole agua verdosa y lavándole el pie al muchacho con un jabón de lavar ropa; al cabo de un rato, el chiquillo deja de llorar y se duerme. Días después sanó completamente.

El tiempo sigue su viaje, las noches en el pueblo son oscuras, aún no hay luz eléctrica en este vecindario.

Para esta época, Gerardo Martínez, el hijo de don Leandro y doña Eziquia, ya es un hombre mayor de edad, nadie sabe de dónde consiguió un libro de magia, dicen que es de magia negra, hace tiempo empezó a practicarla y, como buen inteligente, pronto aprendió los encantamientos y sortilegios. En las madrugadas sombrías, cuando Gerardo se levanta a orinar, ha visto un bulto negro cerca de su casa al que no le encuentra figura, es el diablo que ya lo empieza a visitar. Otras veces, al caminar por las solitarias y negras callejuelas, los perros aullan a su paso y las gallinas cacaraquean y chillan, los tecolotes se posan en los árboles cercanos a su casa y dejan oír sus lúgubres cantos.

El trabajo escasea en el pueblo de Ixtlahuacán, varios hombres tienen que emigrar a Tecomán, donde hay labor en la destronconada de las parcelas que luego siembran de algodón; ahí consiguen emplearse Gerardo y un amigo más joven que él; no tarda en saberse que el ixtlahuacense tiene conocimientos de magia.

Un día llega a donde está empleado Gerardo un nativo costeño de por allá de Guerrero, tiene la piel quemada y aspecto burlón; sus ropajes son sucios, su cara barbada y cabellos desordenados; sus ojillos vivarachos se clavan en la persona de Gerardo. Pronto empieza a molestar al nativo de Ixtlahuacán, no pierde oportunidad para fastidiarlo.

—¿Es cierto que tú eres brujo? —le dice burlón y suelta la carcajada.

Gerardo no dice nada, se concreta a trabajar, pero el forastero sigue molestandolo:

—A mí se me hace que eres puro cabrón, si de veras tienes poderes, preséntame al diablo pa pedile dinero, ja, ja, ja.

Así transcurren los días y las semanas. Es de noche, casi las doce; en el paraje sólo se ven arder las lumbradas y los zancudos vuelan haciendo sonar sus trompetillas agudas en los oídos de los cansados trabajadores que permanecen tendidos alrededor de las fogatas; las sombras parecen danzar como deformes fantasmas que los acechan. Gerardo está recostado en el suelo, su cama son unas ramas y su almohada, una piedra; no está dormido, su vista se pierde en el firmamento granizado de brillantes estrellas. Cerca de él permanece su amigo, el joven de Ixtlahuacán, él sí duerme y ronca exhausto por el pesado trabajo; desde aquí se escucha el canto nocturno de las olas del mar, que no está lejos. De pronto, se acerca sigilosamente una sombra hasta donde permanece Gerardo, al advertirlo, éste acaricia lentamente su afilado machete, reconoce que es el costeño y escucha su voz burlona:

—¿Oye brujo?, si de veras puedes platicar con el diablo ¡preséntamelo!, ¡quiero conocerlo!

Gerardo ya no aguanta más, se incorpora rápidamente y molesto le dice:

—¡Ah cómo chingas!, ¡ya me enfadates!, ¿de veras quieres conocer al diablo?

—¡Ja!, ¡ja, ¡ja!, vamos a ver si es cierto que es tu amigo.

Gerardo le dice a su amigo, que ha despertado con los gritos:

—Acompáñame cabrón, vamos a ir a caminar.

Se van los tres rumbo al mar, se internan en un espinudo monte de mezquitera, caminan despacio, a veces se tienen que agachar para que las ramas con filosas espinas no les desgarran la cara. El cielo está estrellado, sólo se ve una nube negra por el lado del mar, y allá por donde el Sol sale se dibuja la negra silueta del cerro Cabeza del Toro que parece dormir. Llegan hasta un claro en medio de aquel monte espinudo, se detienen y Gerardo traza una cruz con su machete en el reseco suelo al tiempo que le dice a su compañero de Ixtlahuacán:

—¡Ven!, párate aquí en el centro de la cruz y oigas lo que oigas y veas lo que veas, no te salgas de aquí.

Allí se queda el amigo, mientras Gerardo y el costeño caminan internándose entre la oscuridad de aquellos espinudos matorrales.

—¿Todavía quieres conocer al diablo, cabrón? —pregunta Gerardo.

—¡Sí!, quiero quitarte lo hocicón, y mañana todos sabrán que eres un charlatán.

—Está bien, entonces vas a conocerlo.

Gerardo alza las manos y de sus labios salen unas palabras que no se entienden, pega un grito que resuena en el silencio de la noche:

—¡Belcebuuuuu! ¡Veeeee!

Se sigue oyendo el golpetear de las olas en la playa cercana.

—¿Lo ves?, te dije que eres puro cabrón —le murmura burlón el costeño.

Al cabo de un minuto, que pareció una hora, Gerardo vuelve a repetir las palabras, ahora en otra lengua y exclama nuevamente:

—¡Belcebuuuuu!... ¡Veeeeen!

El eco queda flotando en el ambiente y por segunda vez no hay respuesta. Siguen las burlas de aquel hombre que no cree en el diablo. Gerardo grita por tercera vez:

—¡Belcebuuuuu!... ¡Veeeeen!

En este momento, una leve oleada de aire bambolea las espinudas ramas de los mezquites. De pronto, allá por el lado del mar, se escucha el bramido de un toro, el costeño mira a Gerardo, retumba otro bufido más cerca, entonces el incrédulo se acerca un poco al ixtlahuaquense, como buscando protección. En poco tiempo, otro gruñido zumba, ahora más cerca de los dos hombres; el amigo, dentro de la cruz, también escucha los alaridos pero no se mueve del centro del signo cristiano. Un fuerte olor a azufre hiere las narices de los tres hombres, las miradas dirigidas para donde se escuchan los bramidos. De pronto, el costeño, descubre algo entre la negrura de la noche:

—¡Mira Gera!, ¡allá viene un bulto volando!

Gerardo no responde, está quieto, no parece tener miedo.

—¡Eeeees un jinete!, ¡y... viene pacá!

El vago se acerca más a Gerardo, el viento es más fuerte, los árboles se mecen rechinando sus ramas unas contra otras. El jinete negro sigue cabalgando por encima de las copas de los aterrados mezquites; entre estos remolinos, se escucha claramente el chilín chilín de las espuelas y el chirriar de la montura nueva; el espíritu maligno ya se encuentra a escasos metros, el ventarrón sopla más fuerte y se levanta una gran polvareda, los árboles parecen querer arrancarse del suelo para correr lejos de ahí. El costeño ya no aguanta más, tiene los cabellos erizados, los ojos agrandados mirando aquella visión, tiembla de pies a cabeza, cae de rodillas en el reseco y agrietado suelo, y sólo alcanza a decir:

—¡María santísima, librame del demonio!

Justo con la invocación, se escucha una fuerte explosión y los árboles se arremolinan, el jinete bruscamente da la vuelta y se aleja, se va por donde llegó, a su paso se escucha que va quebrando palos y aventando las piedras del camino. Luego, poco a poco, se va calmando el ventarrón. Todo queda quieto, el costeño permanece tirado entre el reseco zacate hasta que Gerardo lo levanta y se regresan por el joven que está dentro de la cruz en el suelo.

A partir de ese día, el costeño no volvió a molestar a Gerardo, nunca se supo si en verdad fue el demonio el que los visitó o fue sólo una alucinación que propició Gerardo para asustar a aquel hombre. Otro caso de misterio en Ixtlahuacán de los Reyes, Colima.



Los demonios de El Huizial, en Agua de la Virgen

El poblado de Agua de la Virgen se encuentra al sureste de la cabecera municipal de Ixtlahuacán, a veinte kilómetros de distancia; hacia el poniente se levanta el impresionante cerro de Chamila, prominencia jorobada donde, hacia el norte, se forma una hondonada que nomás cae la tarde se empieza a oscurecer por el gran número de árboles de parota, rosa morada y cedros, haciendo que el lugar se torne sombrío.

Por la ondulada barranca corre una cabellera de agua cristalina que en unas partes se torna cantarina y en otras los pausados remansos semejan nítidos espejos donde se refleja el paisaje.

Por ese rumbo se encuentran las ruinas de una hacienda que hubo después de la colonia, llamada El Huizial; su dueño fue un españolete de pelo cano, ojos azules, ceja poblada, nariz aguileña y labios gruesos; vestido con chaqueta, pantalón ajustado y botines de cuero de res. Este hombre era el cacique de una gavilla de asaltantes del rumbo, individuos toscos y sin consideración para nadie, asaltaban y mataban a quien trajera dinero en oro o plata. El amo de la hacienda, con los continuos robos, acumuló tanta riqueza que mandó construir otra mansión más al norte que la primera, en lo más profundo de la barranca que forman los cerros; en esta estancia, llamada Siempreviva, habitaba el español y en la primera, que se localizaba a la entrada de la cañada y era paso obligado para llegar a la morada del patrón, los malhechores. Había órdenes de no dejar pasar a nadie y todo aquel infeliz que por desgracia llegaba hasta el lugar era asesinado. Sumaban más de cincuenta los infortunados que habían perecido en manos de aquellos desalmados.

En el pueblo de Ixtlahuacán se rumoraba la inmensa fortuna del rico hacendado de El Huizial y el terror que sembraba. El gobierno de Colima decidió apresarlo y los soldados de caballería se pusieron en camino; la noticia corrió como reguero de pólvora. El hacendado de Zinacamilán, don Antonio Robles, se dio cuenta y mandó un emisario para avisarle al español; el caballo del mensajero murió de cansancio y éste tuvo que llegar caminando, atravesó el parotal y la barranca del cerro, por fin llegó e informó a los bandoleros; al enterarlos que los soldados del gobierno

estaban cerca, tres bandoleros fueron a caballo hasta la otra hacienda para informarle a su jefe lo sucedido. El español, con mucha prisa, ordenó cargar quince mulas con sus tesoros; la banda escapó rumbo al sur, atravesaron el río grande hacia Michoacán y nunca más se supo de ellos. Cuando llegaron las largas filas de soldados montados en sus fatigados caballos, las dos mansiones estaban solas, no había ningún alma.

El tiempo pasó y nadie quiso vivir ni en la Siempreviva ni en El Huizial, se consideraban sitios malditos donde espantaban, así lo aseguraban muchos aldeanos que pasaban por esos lugares; afirmaban que por las noches se escuchaban lamentos, gritos de terror y sollozos. El viento, al pasar por entre las ramas de las parotas, parecía aullar.

Comienza el siglo XX. La tarde empieza a caer en el rancho de Agua de la Virgen; doña Adela, una señora de edad avanzada, madre de Adán, José y Abel Patiño, grita desde el corral, donde hay varias vacas:

—¿Onde estás Adán?

—Acá, amá —contesta el muchacho.

—Adán, orita vas con don Pancho Serrano y le dices que venga por sus vacas, porque andan dañerando en los potreros.

—¿Por qué no voy mañana?, ¡ora ya es tarde!

—¡No!, tiene que ser ora, porque pueden matarlas los dueños de los maizales.

El joven agarra su sombrero, se cuelga su filoso machete encubierto y se va por la vereda que bordea las faldas del soberbio cerro de Chamila; va por la sinuosa vereda, camina rápido hacia el ranchito donde vive don Pancho, muy cerca de las ruinas de la hacienda de El Huizial. Llegan las primeras sombras de la noche, Adán apresura el paso, siente la soledad por esos parajes, sólo los grillos afinan sus gargantas. De pronto, Adán Patiño descubre a tres hombres de blanco en una curva de la vereda y piensa: “¡Qué bueno que no ando solo por estos lugares!, allá van otros compas, ahorita los alcanzo pa ir platicando”.

Acelera el paso tratando de darles alcance; ya no se ve muy lejos debido al manto negro del oscurecer. Vuelve a distinguir los tres bultos blancos más adelante, y otra vez apresura el paso, su corazón late rápidamente, la turbación de andar solo por esos lugares le causa pavor. Sube a un parejo del camino, está seguro que los aldeanos están cerca. “¡Ora sí los alcancé! ¡Por fin!”, piensa, pero en vez de descubrir a los labriegos, oye un grito iracundo:

—¡Así te quería agarrar hijo de la ...!

Se escucha una embestida furiosa, resuenan los machetes que chocan amenazantes unos contra otros, entre el monte se miran claramente las chispas que producen. Las blasfemias continúan, es una pelea encarnizada, se escucha el jadear de los hombres enfrascados en la riña. Adán Patiño se queda de una pieza, oyendo cómo los machetazos siguen, parten palos y se estrellan contra las piedras; se escuchan las ofensas más endiabladas que se pueden imaginar; se acerca sigiloso al sitio de la reyerta. Se escuchan los gritos llenos de furia, luego un lamento, es un “ay” de dolor. “Seguro que ya le dieron a uno”, piensa Adán, desenfunda su largo y afilado

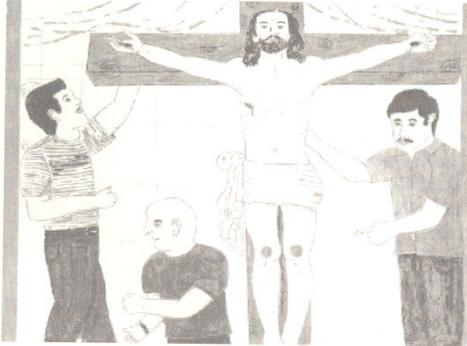
machete y se dispone a ayudar a quien lo necesite, el griterío es ensordecedor. La pelea sigue, resuenan los quejidos de un hombre herido que al parecer ha caído al suelo, Adán corre para auxiliarlo, clava su machete en la tierra y enciende un cerillo para revisar el sitio, los quejidos siguen pero no encuentra nada, los cerillos se consumen rápidamente y en momentos queda en la oscuridad.

La reyerta ha terminado, ya no se escuchan los quejidos del herido, "¡tal vez ya se murió!" piensa Adán, la oscuridad envuelve todo. En ese momento se oye el llanto de un hombre; parece estar sentado al pie de un grueso y espinudo abillo, Adán escucha el amargo lloriqueo de aquel infeliz, no lo ve, sólo escucha y piensa: "Éste es el herido que busco". Se acerca despacio, sin hacer ruido porque los otros pueden estar por ahí, escondidos; llega hasta el erizado árbol con espinas y se sorprende cuando descubre que el hombre que llora no está en el suelo, está trepado allá arriba, en una rama del espinudo tronco. No lo ve pero lo oye perfectamente, es grande su desconcierto, piensa que eso no es cosa buena, un escalofrío le recorre la espalda y los cabellos se le erizan, paralizado por el horror sólo alcanza a decir: "¡Jesús, María y José!, libérenme del demonio"; la quijada se le traba y ya no puede pronunciar palabra. En este momento un ser vuela de la cima del árbol, se escucha un fuerte aleteo; Adán alcanza a distinguir un bulto negro que va a posarse al cerrito de enfrente; desde ahí lanza gritos horribles y feos alaridos como si se burlara del aterrado muchacho.

Adán regresa a su casa corriendo despavorido, a veces cae y vuelve a levantarse, resopla cansado hasta llegar al rancho de Agua de la Virgen. Con fiebre, maltrecho y sudoroso, se recuesta en su camastro; su madre le pregunta si vio a don Pancho, él no contesta, ¡sólo se estremece como si tuviera

frío!, doña Adela lo revisa, descubre que tiene calentura y lo comienza a sobar, le frota las quijadas, le aprieta la cabeza, le frota la espalda y los pies. El aparato de petróleo lanza una flama que se tambalea y la sombra que produce la señora parece danzar de un lado a otro. Cuando puede hablar, platica lo sucedido y ya por la madrugada logra conciliar el sueño, después de haber vivido esa horrible pesadilla.

Tal vez El Huizial esté poseído por el demonio por tantos asesinatos que se cometieron hace mucho tiempo. Esperemos que algún sacerdote realice misas en el lugar para que se aleje el maligno. En la actualidad, cuando se transita por ese lugar, se siente la sensación de que alguien lo vigila; tal vez sean los malos espíritus o las almas en pena de los infelices que ahí mataron los bandidos del español.



No podían bajar el Cristo, porque estaba El Tete

Transcurre el año 2007 en el pueblo de Ixtlahuacán de los Reyes, Colima; es noviembre, en esa época los maizales se han pintado de dorado y las parvadas de güilotas alas blancas merodean los sembradíos queriendo comer granos de maíz; algunos pobladores acuden a los potreros para cazar estas sabrosas aves, para luego asarlas y acompañarlas con un succulento chile de tomate de milpa.

Apenas ha pasado el día de los difuntos, el camposanto todavía luce las coloridas coronas que los familiares llevaron a sus muertos. Por este tiempo el cielo es azul, los caminos se ven acolchonados y adornados con yedras que lucen sus flores moradas; los ojos de alo muestran sus flores color naranja donde las chuparrosas vuelan buscando néctar; se observan también florecillas amarillas de tacotes que semejan mantos granizados de color oro. Apenas oscurece, se escuchan las caminatas de las pastorelas en las casas de don Jesús Alcaraz Candelario y Emilio Mariano; se están preparando para el ensayo real el 24 de diciembre.

Una tarde se encuentran trabajando en la parroquia de los Santos Reyes de Ixtlahuacán, Ulises e Ignacio Alcaraz Madrigal, el chofer del párroco y Jorge Luis Carrillo Bautista, mejor conocido como El Tete, un joven con mucha energía, muy trabajador pero demasiado travieso; ayudaban en los preparativos del docenario de la Virgen de Guadalupe en la parroquia, a cargo del párroco Abraham Rodríguez Sandoval.

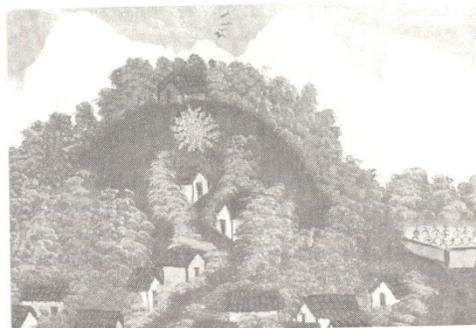
Esta tradición se lleva a cabo desde hace muchos años en el pueblo; en el pasado acudían muchos habitantes de los pueblos vecinos como Las Trancas, Caután, La Presa, Zinacamilán, Tamala y otros más, al festejo del 12 de diciembre. Llegaban montados en sus caballos, burros y hasta caminando. Los animales quedaban amarrados en la entrada del pueblo, allá por el arroyo que está cerca del camposanto, o con doña Amalia Aguilar, en su solar con un sombrero capire. Entonces no había luz eléctrica y alumbraban el jardín con cuatro pilas de leña encendidas, una en cada esquina. Las cargas de leña eran traídas como principio de las fiestas, la pasearon en cuatro burros adornados con papeles de colores. Por las tardes, se instalaban varios puestos en el jardín, montones de cañas, tejocotes y manzanas; raspados

de hielo endulzados con almíbar de guayaba, tamarindo, leche o jamaica. Las campanas de la vieja torre de la iglesia repicaban en forma esquilada y los cohetes subían a lo alto explotando y dejando que su ronco sonido sea respondido por el cerro del Águila.

Esa tarde en la iglesia, como ya comenté, trabajan varias personas limpiando, pintando las paredes y colocando arreglos. Ulises, Nacho y el ayudante del cura, se encuentran montados en escaleras, tratando de bajar la imagen de bulto de un Cristo que se encuentra colocado en el altar mayor de la iglesia. Esta efigie es de tamaño real y la cruz se encuentra empotrada con tornillos en el muro. Los hombres se encuentran tratando de destrabar la cruz con el Cristo para bajarlo y en su lugar colocar el cuadro con la imagen de la Guadalupana para que luzca en su docenario. En el piso, Jorge Luis El Tete observa la maniobra, espera que bajen el Cristo para ayudar, pero inexplicablemente se han trabado los tornillos que sostienen la imagen, intentan en vano. Nacho comenta en broma:

—Oye Tete, sal de la iglesia, ¡tú traes el diablo!, por eso no podemos bajarlo.

Jorge Luis El Tete sonríe, sabe que es vacilada, pero entre juegos sale unos momentos del templo y... misteriosamente, pueden bajar el Cristo, cuando El Tete regresa la imagen ya está en el piso. Así ocurrió este caso de misterio en el pueblo de Ixtlahuacán de los Reyes; pudo ser una coincidencia, pero no deja de ser enigmático.



Una luz en el cerrito de la cruz de Ixtlahuacán

No se sabe de manera exacta desde cuándo existen las tres ermitas que rodean al pueblo de Ixtlahuacán de los Reyes Colima, tampoco se tiene noticia de quién las colocó. Existe una versión del señor Baudelio Salas quien cita un comentario de la finada Zeferina. Ella afirmó en vida que “el cura Bernardino Sevilla, encargado de la iglesia de Ixtlahuacán hace muchos años, subió en hombros la cruz de la ermita que se localiza a la salida a la población de La Presa”; sin embargo, no existe documento que lo pruebe. Otros dicen

que un grupo de misioneros que pasaron por el pueblo colocaron estas señales cristianas para que el poblado de Ixtlahuacán fuera resguardado del maligno.

Por informes de ancianos de la región, se sabe que cada ermita tiene su dedicatoria o misión. La que se localiza con rumbo a Zinacamilán se nombra Ermita de la Virgen, aunque en la actualidad no se encuentra ninguna imagen alusiva, sólo una cruz de madera; se dice que está dedicada a pedir la lluvia. En varias ocasiones los habitantes han llevado la efigie del Santo Entierro en procesión entre rezos y cánticos, ya en la capilla, hacen oraciones y salmos hasta que la lluvia llega.

Otra ermita es la que se encuentra en la salida hacia La Presa, dicen los viejos que es para combatir las pestes, recuerdan que; en tiempo antiguo hubo mortandad de puercos, gallinas y caballos; se observaba la zopilotería a la salida de pueblo y las gallinas muertas colgaban de una pata en las ramas de los árboles vainillos en las afueras del pueblo; por ello, en la cruz de madera de esta ermita se ven colgar varias figuras de animales, algunos de plata y oro. Se han visto hileras de burros y caballos subiendo cargados con tercios de ramas de sabino para adornar la ermita en su día, el 3 de mayo.

Al tercer santuario se le nombra El Ojo de Agua, y se localiza al norte de la Presidencia Municipal, al pie de unos cerros, sitio donde en tiempo antiguo corría el agua; hoy sólo queda un pozo con agua, lugar de donde los naturales se abastecían del vital líquido; comentan los ancianos que esta ermita está dedicada para que no falte el agua en los pozos de las casas del pueblo.

En el cerrito de la cruz, en la ermita dedicada a combatir las pestes, desde la mitad del siglo XX, muchos habitantes del

pueblo de Ixtlahuacán han visto, entre los meses de marzo, abril y mayo, cuando el Sol está por llegar al mediodía, que aparece una luz en el suelo de aquel montículo, va apareciendo hasta convertirse en un resplandor blanco; desde el pueblo de Ixtlahuacán se observa bien este prodigio, hay momentos en que el resplandor es intenso y asemeja un espejo que refleja la luz del Sol; el brillo es cegador. A muchos habitantes este fenómeno no les causa admiración porque lo ven con frecuencia, unos dicen que ahí hay un tesoro, otros comentan que es un misterio del cielo porque ahí se encuentra la Santa Cruz.

Algunas personas movidas por la curiosidad han subido al cerrito en el momento en que aparece la misteriosa luz, van con la idea de descifrar el misterio, llegan al sitio, y para su sorpresa no descubren nada; desde abajo, otros nativos, pueden observar que aquellos están parados sobre la luz y sin embargo los que están arriba no ven más que puro suelo.

Esa misteriosa luz aparece en diversas zonas del cerrito, no surge a diario ni tiene un día especial, aparece cuando menos se acuerdan de ella. Aunque la luz ya no se ve en el siglo XXI, éste es un caso de misterio y fe en mi tierra Ixtlahuacán.



La fe del pueblo de Ixtlahuacán

—Con éste ya son quince días que no llueve —dice tristemente don Marzo Luz, un señor que vive cerca de la entrada del pueblo, en el sitio llamado El Calvario.

Don Marzo Luz es un hombre de edad avanzada y de baja altura, usa camisa y calzón de manta y siempre trae un sombrero casi atravesado en la cabeza. Su parcela se encuentra en un cerrito cercano a El Calvario, ahí tiene árboles frutales como mangos, ciruelas y chicos zapotes,

además una noria para sacar agua; también cultiva plantas de mezcal para extraer el ixtle y fabricar cordeles, costales y costalillos.

En tiempo de la cristiada, don Marzo Luz escondió en su casa el madero (la cruz de madera que usan en la iglesia para la Semana Santa), don Rosalío Ramos también se llevó a su domicilio el Santo Entierro, y así otros las demás reliquias de la iglesia de Ixtlahuacán, para que no las fueran a destruir gente del gobierno.

En esta época el calor es insoportable; por las noches, enjambres de zancudos invaden el caserío, se escuchan los constantes chillidos en lo oscuro mientras que las mujeres hacen humaredas para que se alejen. En el día se ven los montes marchitos y los sembradíos tristes, unas ráfagas de aire caliente arremeten atravesando el valle; los indígenas del pueblo se miran afligidos y desesperados, por todos lados se escuchan los lamentos porque no llega la lluvia. A esta época los aldeanos de Ixtlahuacán le llaman “la calma de agosto”, precisamente porque no llueve, es tiempo de la canícula, cuando cualquier herida se infecta fácilmente.

Fervorosamente, muchos habitantes acuden a la pequeña iglesia construida apenas de pajarete, el techo con teja de barro, el piso de tierra y en el altar se observa en lo alto la imagen de San Felipe de Jesús, un poco más abajo se deja ver la efigie de la Santísima Virgen La Milagrosa, y casi en el piso se encuentra un crucifijo de apenas medio metro de altura construido de metal; a su alrededor varias velas arden incesantemente ahuyentando las tinieblas y produciendo reflejos en la peana de plata de la imagen de La Milagrosa.

Este año, como hace ya un tiempo, no hay sacerdote que se encargue de la iglesia, sólo vienen de vez en cuando o en el docenario de la Virgen de Guadalupe; algunos de los enfermos que necesitan ser santoleados han tenido el privilegio de ser atendidos por un sacerdote, pero en este tiempo no hay ninguno.

Tres personas mayores del pueblo se reúnen a la entrada del templo, doña Gertrudis Delgado, mejor conocida como Tulita, don Ponciano Jorge y don Juan Delgado. Tulita es una anciana que cubre su pelo canoso con un rebozo negro con barbas, su piel llena de arrugas es morena. Los ancianos usan calzón de manta, ceñidor rojo, huaraches de correa cruzada. Ellos son los principales del pueblo, respetados por los habitantes porque son gente de palabra.

El Sol del atardecer tiñe de rojo la alta cima del jorobado cerro de Chamila, el cielo se contempla azul, no parece que sea tiempo de las aguas, no hay ninguna nube que presagie una tormenta. Mientras, los señores Ponciano Jorge, Juan Delgado y Tulita se encuentran a las afueras de la iglesia y a todos los que pasan les informan que mañana sábado van a llevar el Santo Entierro en procesión al cerrito de la Virgen, para pedir que llueva.

A la mañana siguiente, el Sol sale como estos últimos días, fuerte y caliente, y por eso pronto sube el calor; el cielo se eterniza sin nubes, se percibe la bóveda azul donde resalta el dorado astro rey, las viviendas con techo de zacate se ven cubiertas de tierra, pues las constantes polvaredas del medio día las cubren al pasar por el pueblo; en estos momentos se escucha el tañer de la campana mayor en la pequeña torre de la iglesia, su eco metálico semeja los lamentos y sollozos de los indígenas que están preocupados por sus sembradíos. Es

la primera llamada y el aviso para que la gente se reúna y así llevar la imagen del Santo Entierro en procesión hasta el cerrito de la Virgen, allá por la salida al poblado de Zinacamilán, sitio que está dedicado para pedir la lluvia. Ya casi son las once de la mañana, el calor se ha intensificado, es la misma hora en que se supone inició la sentencia de Jesús con rumbo al calvario hace muchos años. Pronto dan la última llamada, muchos habitantes ya se han reunido alrededor de la vieja iglesia, se escuchan los cánticos que resuenan en las añejas paredes; de pronto, aparecen en la puerta mayor del santuario cuatro señores cargando la urna cuadrada de madera, la cual tiene algunas ventanas con vidrio transparente y en su interior se alcanza a observar la silueta del Cristo muerto cobijado con sábanas blancas. Los hombres que llevan la urna van vestidos con calzón de manta que se amarran con cintas en los tobillos y cintura, camisa también de manta, ceñidor rojo en la cintura y un paliacate doblado del mismo color que amarran en su cabeza. Muchos hombres han acudido a la procesión, van con el sombrero de palma en la mano, las mujeres jalando a sus hijos pequeños de la mano y otras más con sus niños en brazos; se escuchan las oraciones a veces en latín que reza don Ponciano Jorge y son contestadas con mucho respeto y fervor por los asistentes. Los cánticos están a cargo de doña Tulita y son repetidos por la larga procesión de habitantes del pueblo de Ixtlahuacán, algunas alabanzas dicen así: ¡Perdón, oh Dios mío! ¡Perdón y clemencia!, etcétera.

Para este momento, ya casi son las doce del día, el calor es intenso, muchos habitantes van con los pies descalzos en la tierra caliente, otros más llevan una corona de espinas en la cabeza, las mujeres con flores en las manos y su cabeza cubierta con rebozos de barbas o algún trapo. Varios niños lloran de calor o porque tienen hambre y sed, los perros ladran

cuando pasa la procesión. Siguen los rezos, los cánticos se esparcen por todos lados, ya han salido del pueblo, ahora cruzan por el lugar conocido como La Puente, ahí donde la danza de Los Moros baila cuando encuentran los vaqueros que traen el toro desde el rancho de la Cofradía de la Virgen, allá en el Naranjo muy cerca del mar, donde son tierras de Ixtlahuacán. Todos van caminando despacio, orando con devoción, fe y respeto, nadie platica, van con la vista hacia el piso, el sudor les corre por la cara y el cuerpo; en ocasiones caen algunas gotas al suelo reseco que lo bebe al momento sediento, el aire no sopla, parece que respeta las oraciones y la fe del pueblo de Ixtlahuacán. El ambiente es de misterio, se siente la presencia de algo divino, parece que son vigilados por los ojos de Dios, mientras que a lo lejos la tierra rasgada semeja que brota vapor por lo agrietado. La penitencia sigue, continúa la procesión y para estos momentos, el Sol se encuentra justo por encima de sus cabezas; el contingente de indígenas de Ixtlahuacán ya va subiendo la lomita del cerrito de la Virgen, de lejos se observa claramente la serpenteante y blanca línea remontando. Continúan los cánticos, se escuchan las plegarias, algunos niños lloran porque tienen sed, una leve oleadita de aire cruza en estos momentos por el lugar y refresca los cuerpos calurosos de aquellos habitantes de este pueblo. Llegan a la cima, aquí está una pequeña capilla, apenas cabe la caja de la imagen del Santo Entierro, el santo casi pega con la vieja cruz de madera que ya se le ve con algo de polilla. El sudario blanco está lleno de polvo, y en el suelo hay unos recipientes con flores marchitas y dos veladoras que están por apagarse; este símbolo cristiano se sabe que fue puesto por unos misioneros hace años para pedir la lluvia.

A un lado de la capilla está un árbol llamado asmol bajo el cual se resguardan los asistentes; desde aquí, al poniente se

distingue el pequeño pueblo de Ixtlahuacán, perdido entre los árboles, y más allá el cerro de Tamala, un poco más acá y a mano izquierda el cerro del Águila; por el lado oriente se observa el valle de Chamila y resguardándolo el grande e imponente cerro jorobado luciendo su lunar de piedras blancas cerca del hombro derecho.

Desde el pueblo de Ixtlahuacán se distingue sin árboles el cerrito de la Virgen, cubierto de un manto blanco que no son otra cosa que los vestuarios de manta de los hombres, mujeres y niños que están hincados y en oración; el cielo está azul, no hay señales de que pueda llover, no hay ninguna nube que lo manche, sólo se ven los azules cerros a lo lejos y una parvada de negros zopilotes planean en el aire como observando aquellos aldeanos implorando con su férrea fe al Creador y rogando que pronto se apiade de ellos. Siguen rezando en aquella lomita, los cánticos y las plegarias se elevan tratando de llegar al cielo, pero parece que es inútil todo aquel esfuerzo. El calor y los rayos quemantes se estrellan como latigazos en los cuerpos sudorosos de aquel grupo de indígenas de implacable voluntad que en su trace de oración soportan el cansancio, la sed y el calor. Los inocentes niños lloran por todo esto, pagando por algo que no deben y colaborando en esta penitencia; todavía se escuchan los cánticos y uno que otro cohete sube a las alturas y explota indicando este pedimento. Luego de un tiempo cesan las oraciones, algunas personas regresan a sus casas por el polvoso camino casi cerrado por árboles de chacalcahuil que extienden sus ramas con espinas, tratando de alcanzar a los que pasan por ahí. Al poco tiempo llega otro grupo de gente de Ixtlahuacán, ellos llevan comida y agua para los que están al cuidado de la imagen del Santo Entierro. La tarde cae, el Sol está muy cerca de la cima del cerro de Tamala, una bandada de negros zanates vuela en

varias direcciones haciendo una algarabía con sus trinos que se esparcen por doquier.

Allá, a lo lejos, donde se junta el azul del cielo con las montañas, al sur y en territorio de Michoacán, está el cerro de La Aguja, apenas se distingue desde aquí una pequeña nubecilla que se asoma tras los lejanos cerros, como si tuviera respeto por las oraciones de los aldeanos de Ixtlahuacán; la tarde empieza a caer, el astro rey se encuentra de aquel lado del medio día. El imponente cerro de Chamila se recorta en el azul del cielo, en su cima tiene un pedazo de nube blanca, semejando un sombrero de algodón, mientras que en el cerrito de la Virgen, los cánticos y las plegarias persisten surgiendo de las gargantas de los lugareños. Todo es fervor. De vez en cuando se atreve a pasar por aquí una huraña y leve oleadita de aire refrescando el ambiente caluroso que prevalece en este sitio de oración. Nadie se da cuenta que poco a poco el cielo se va invadiendo de nubes como si alguien hubiera ordenado que cubrieran el firmamento. El cerro de Chamila se ha oscurecido, en este momento se ve más azul; el viento empieza a soplar con algo de fuerza levantando polvareda y papeles. Las personas que están en invocación levantan la mirada al cielo, las nubes se revuelven en la bóveda celeste; por encima del cerro de Chamila se distingue una negrura, todos coinciden que es una culebra de agua. Cesan las oraciones por unos momentos, el desconcierto se adueña del lugar, con mucha prisa cobijan con varias chinas de palma real la urna donde se encuentra la imagen del Santo Entierro para que no se moje con la lluvia, mientras tanto en el pueblo las casitas de techo de zacate y paredes de pajarete ya se empiezan a estremecer con el ventarrón. Algunas gotas de agua fría se dejan caer al suelo reseco que las devora sediento, mientras la polvareda continúa, los árboles de los capires, asmoles, guamúchiles, coliguanas, mezquites, etcétera, se

estremecen y sus ramas se bambolean revolviéndose nerviosas. Doña Santiago Candelario Ramón, una señora de rasgos indígenas, con el pelo cano, de piel requemada por el Sol y varias arrugas que le adornan su cara, tiene un jolotón de manta adornado con puntadas de relines, y su tachigual (falda) también de manta es amplia y le llega hasta los tobillos, sus pies están descalzos con polvo y callos por caminar sin huaraches. Se asoma preocupada a través del cercado de palos de su casa, mira aquella nube negra que se extiende desde la parte sur del cerro de Chamila y corre por encima de la alargada montaña que pasa por atrás del rancho La Presa y sigue hasta la rancharía del Tepeguaje Gordo, allá más arriba del poblado de Las Trancas, y con desconsuelo dice:

—¡Dios santo, es una culebra de agua!

Este fenómeno es temido por los habitantes de Ixtlahuacán, porque trae mucha agua y aire, dicen que donde cae, deja barrancos, como el que ha quedado cerca del rancho Las Borregas, allá cerca de Acatitán; cuentan los indígenas que en esa ocasión cayeron hasta pescados del cielo, pero doña Chaga, como es conocida en la región porque es partera, rápidamente le habla a Bonifacio, a quién apodan como (Bulfrano) su hijo; él es un niño de escasos doce años; es el primogénito de la familia, luego le dice:

—Bonifacio, ven pa'cá.

El niño está sentado en un equipal y como ellos están acostumbrados a obedecer le contesta.

—Mande amá.

—¡Busca un machete viejo!, desos que andan tirados por ai. El muchacho, sin decir nada, cumple con la orden de la señora, luego doña Santiago le dice.

—Mira Bulfrano, vas a machetear esa culebra de agua, le señala con el dedo la negrura de las nubes.

Ta bien amá —contestó el niño. Aquella anciana le colocó una china de palma real, para que lo cubra de la lluvia, le puso también un sombrero y le arremangó el calzoncito de manta. Acto seguido, doña Chaga figuró una cruz de ceniza en el suelo a un lado del niño, y empezó a quemar unas hojas de palma bendita, el humo se revuelve por doquier, mientras que la nube negra se aproxima al pueblo de Ixtlahuacán, el viento estremece las ramas de aquel árbol de capire que se encuentra en el patio del solar de doña Santiago y la señora le dice:

—Comienza a machetear en cruz la culebra de agua.

Bulfrano el niño principia a mover el machete en forma de cruz, mientras doña Santiago está rezando el Credo.

Creo en Dios padre, todo poderoso,
creador de cielo y tierra,
de todo lo visible y lo invisible,
creo en el Espíritu Santo...

Mientras el viento sigue azotando en el pueblo de Ixtlahuacán de los Reyes, en el cerrito de la Virgen se encuentra el grupo de gente acompañando la imagen del Santo Entierro, lo tienen cubierto con varias chinas de palma real. Desde esta altura se observa hacia el horizonte cómo se desprende la nube

negra y se distinguen los chorros de agua que se precipitan al suelo reseco.

Mientras que en aquella vivienda del pueblo, sigue en oración doña Santiago Candelario su hijo Bulfrano hostiga macheteando a la nube negra que se revuelve furiosa, como si fuera una serpiente negra en el aire que quisiera devorar el pueblo indígena de Ixtlahuacán; el niño Bulfrano la continúa partiendo en pedazos formando cruces en el viento, queriendo que le lleguen al chubasco oscurecido, el humo que surge de la quema de las palmas benditas se esparce por doquier por las furiosas embestidas del enloquecido Céfiro; la culebra de agua, los nubarrones negros que se agitan embravecidos en el cielo y, en un poco tiempo, que parece sempiterno ya se observan las nubes despedazadas, se figuran claramente los fragmentos que han sido partidos por la filosa espada de un gigante; poco a poco, aunque parezca increíble, fue desapareciendo aquel monstruo volador escondido entre las amenazantes nubes negras y, un tiempo después, sólo cayó la lluvia normal que mitigó la sedienta tierra y las gotas acariciaron los desfallecidos sembradíos; el viento amainó, el niño que estuvo partiendo las nubes con su inocencia, ya se metió a su casa, la señora con sus oraciones también ya no se observa, sólo la lluvia borra aquella cruz de ceniza que para este tiempo ya sólo se esboza una parte.

De esta forma, la fe del pueblo de Ixtlahuacán de los Reyes, Colima, hizo llover con sus oraciones, pero también la fe de estos habitantes detuvo aquella culebra de agua que amenazaba con caer en este pueblo y destruirlo. Un caso de misterio y fe en Ixtlahuacán.

Distinguidos ixtlahuaquenses

Dentro de lo valioso de Ixtlahuacán en su historia, resaltan muchas personas que con mucho esfuerzo y día con día se superan y han puesto en alto el nombre de su tierra, contribuyendo con ello a su engrandecimiento. Una muestra de esa gente apreciable es sin duda alguna: José Luis Jiménez Eudave, Gregorio Vega Diego, Aleida Ramos Eudave y Ulises Alcaraz Madrigal, entre muchos; personas que ya son parte de la historia de esta tierra.



José Luis Jiménez Eudave

Colaborador de la administración municipal de Ixtlahuacán, Colima, desde el año 1994, con cargos directivos en cultura, educación y deporte. Ha desempeñado varias comisiones dentro de los comités organizadores de la Feria del Melón, máximo festejo anual ixtlahuacense.

Coordinó el primer Fondo Municipal para la Cultura y las Artes.

Es miembro fundador del Ballet Folklórico Ixtlahuacán y de la Banda de Música de viento Peña Blanca; ambos grupos integrados en 1995.

En 1998 colaboró en la compilación del catálogo de fotografías antiguas *Retratos de Ixtlahuacán*, beca otorgada por el PACMYC, y asistió al curso "Concepto cultura en el mundo actual" organizado por la Secretaría de Cultura. En 2004 tomó el "Diplomado para promotores y gestores culturales a distancia" del CONACULTA. En 2005 participó en el Tercer Encuentro Internacional de Promotores y Gestores Culturales en la ciudad de Guadalajara. Actualmente cursa la licenciatura en gestión cultural a través del sistema virtual de la Universidad de Guadalajara.



Gregorio Vega Diego

Nació en el pueblo de Ixtlahuacán de Los Reyes, Colima, el 11 de marzo de 1942. Hijo de los señores Daniel Vega Larios y Leonarda Diego Carrillo. La educación primaria la realizó en la Escuela Profr. Julián Silva Palacio de su pueblo natal, la secundaria en la Escuela Nocturna No.4 de Tecomán, Colima y la profesional en la Escuela Normal de Maestros Profr. Gregorio Torres Quintero de la Ciudad de Colima, de donde egresó en junio de 1962. En septiembre del mismo año le otorgaron una plaza de maestro en el estado de Sonora, en 1964 ingresó a la Escuela Normal Superior en la especialidad de geografía en la ciudad de Tepic, Nayarit, de donde egresó en agosto de 1970. Luego en el año de 1972 se gana la plaza de director técnico y en 1987 le otorgan la plaza de inspector federal de educación. En 1996 hizo un diplomado educativo en el Instituto Tecnológico de Sonora y en octubre de 2002 deja de trabajar para jubilarse, después de haber trabajado 40 años en la Secretaría de Educación Pública.

En su tiempo libre ha elaborado varios poemas, entre los que sobre salen: "Los Chayacates", "Ixtlahuacán", "Tristes recuerdos", "¡Ixtlahuacán! pueblito bonito" y "A mi madre muerta"; entre muchos más.

Es sobrino del extinto Profr. Gregorio Guadalupe Vega Larios, que fue muerto en Agua Salada Minatitlán, Colima, y la escuela del lugar lleva su nombre.



Aleida Ramos Eudave

Es originaria de Ixtlahuacán de los Reyes, Colima. Nació el 17 de mayo de 1980. Ha participado en el curso de verano 2001, por la divulgación del arte y la cultura el 10 de agosto 2001 en la ciudad de Colima. En la XIV Feria del Melón colaboró con 15 obras al óleo, del 15 al 24 de marzo del 2002. En diciembre del 2006 participó en el Programa *Posadas navideñas*, pintando murales de esa época en algunas esquinas del pueblo de Ixtlahuacán. Fue invitada a participar por parte de la Secretaría de Cultura del Gobierno del Estado de Colima en el programa *Letras y trazos en la pared*, con el objetivo de fortalecer el fomento a la lectura el 13 de marzo del 2008, pintando dos murales en las calles de Ixtlahuacán. Hoy realiza 10 ilustraciones para el libro de José Manuel Mariscal Olivares, *Casos de misterio y fe en Ixtlahuacán* (enero 2009).



Ulises Alcaraz Madrigal

Nació en Ixtlahuacán de los Reyes, Colima, el 5 de abril de 1966. Hijo de los señores Ignacio Alcaraz Ramírez y Margarita Madrigal Sánchez. Sus hermanos son: Alicia, Bertha, Javier, Ignacio y Jovita. Se casó con Alma Rosa Ruiz Mariscal y de este matrimonio nacieron Eduardo Irán y Alma Ivette.

Sus estudios son de bachillerato y entre sus pasatiempos están el de escuchar música, tocar guitarra y dibujar. Éste último entretenimiento le nace cuando contaba con ocho años. Es en 1987 cuando participa en el concurso de la elaboración del escudo municipal de Ixtlahuacán. En 2006 colabora en los diseños de alfombras de aserrín de colores que se colocaron en las calles del pueblo en las fiestas guadalupanas.

En 2008, fue invitado por la Secretaría de Cultura del Gobierno del Estado para participar en el programa *Letras en la pared*, pintando dos murales en la cabecera municipal de Ixtlahuacán, uno entre las calles de Morelos y V. Carranza titulado *Guardianes de mi pueblo*, y el otro en Morelos y Moctezuma, con el título de *Origen de mi raza*. Hoy ilustra una parte del libro *Casos de misterio y fe en Ixtlahuacán*, de José Manuel Mariscal Olivares.

Índice

Presentación	3
Introducción	5
¡Ixtlahuacán!... pueblito bonito	7
José Manuel Mariscal Olivares	9
La muerte en Zinacamilán	11
La madrina del rico de Ixtlahuacán	18
El río encantado de Tamala	31
El capitán de la fiesta de San Miguel Tamala	37
Los cristeros en Ixtlahuacán	42
Sacaron al presidente del curato de Ixtlahuacán	49
La manda de ir a Talpa	55
Las agujas marciales de Ixtlahuacán	66
Viaje a la laguna encantada de Ixtlahuacán	72
El brujo de Ixtlahuacán	80
Los demonios de El Huizial, en Agua de la Virgen	88
No podían bajar el Cristo, porque estaba El Tete	94
Una luz en el cerrito de la cruz de Ixtlahuacán	97
La fe del pueblo de Ixtlahuacán	100
Distinguidos ixtlahuacenses	111
José Luis Jiménez Eudave	112
Gregorio Vega Diego	113
Aleida Ramos Eudave	115
Ulises Alcaraz Madrigal	116

Casos de misterio y fe en Ixtlahuacán

de *José Manuel Mariscal Olivares*, se terminó de imprimir en julio de 2009 en la Editorial de la Secretaría de Cultura del Gobierno del Estado con un tiraje de 1,000 ejemplares. Ilustraciones: *Aleida Ramos Eudave*, *Ulises Alcaraz Madrigal*.



**Por COLIMA
vamos juntos**
GOBIERNO DEL ESTADO



Secretaría de
CULTURA

CONACULTA



H. AYUNTAMIENTO DE IXTLAHUACÁN

FONDO MUNICIPAL PARA LA CULTURA Y LAS ARTES DE IXTLAHUACÁN

